



12  
11  
10  
9  
8  
7  
6  
5  
4  
3  
2  
1







ANTONIO DE MADARIAGA

Presbítero, Doctor en Teología y Filosofía,

del Claustro de ambas Facultades en la

:- Universidad Pontificia de Burgos -:

UNA FIGURA SOBRENATURAL

---

STA. TERESA DE JESÚS

---

CONFERENCIAS

---

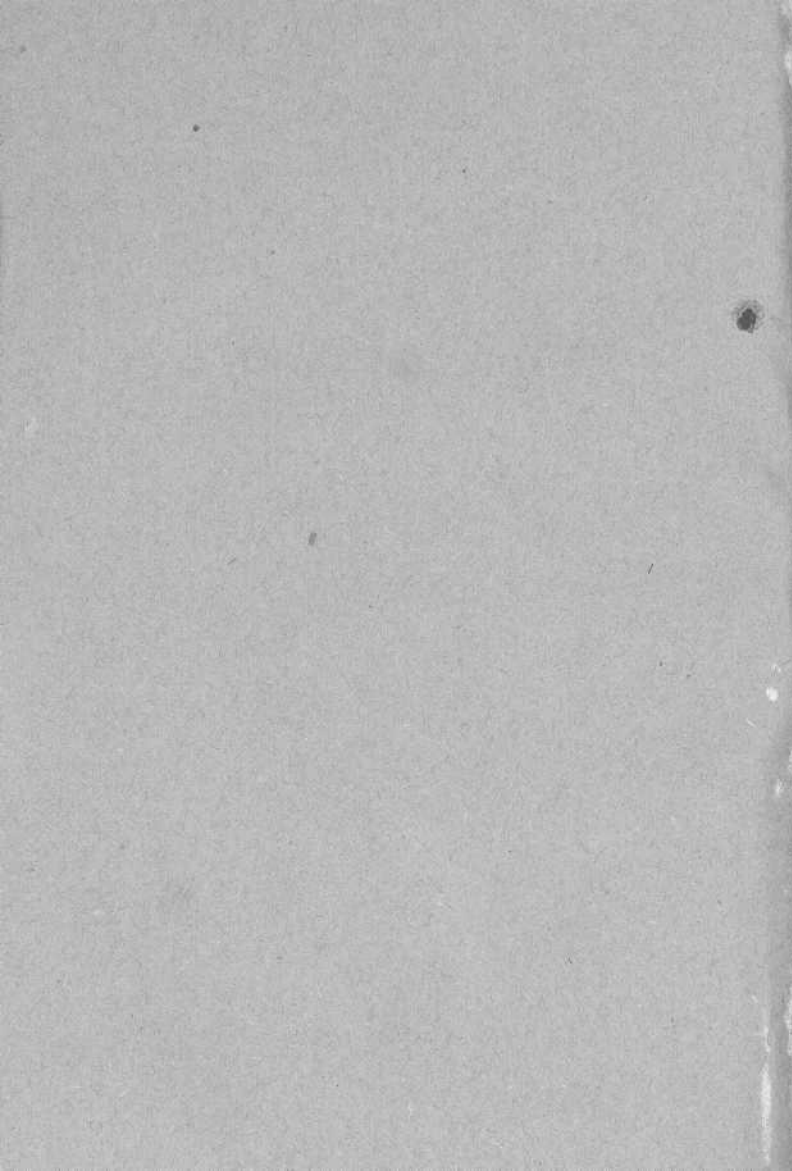


MADRID

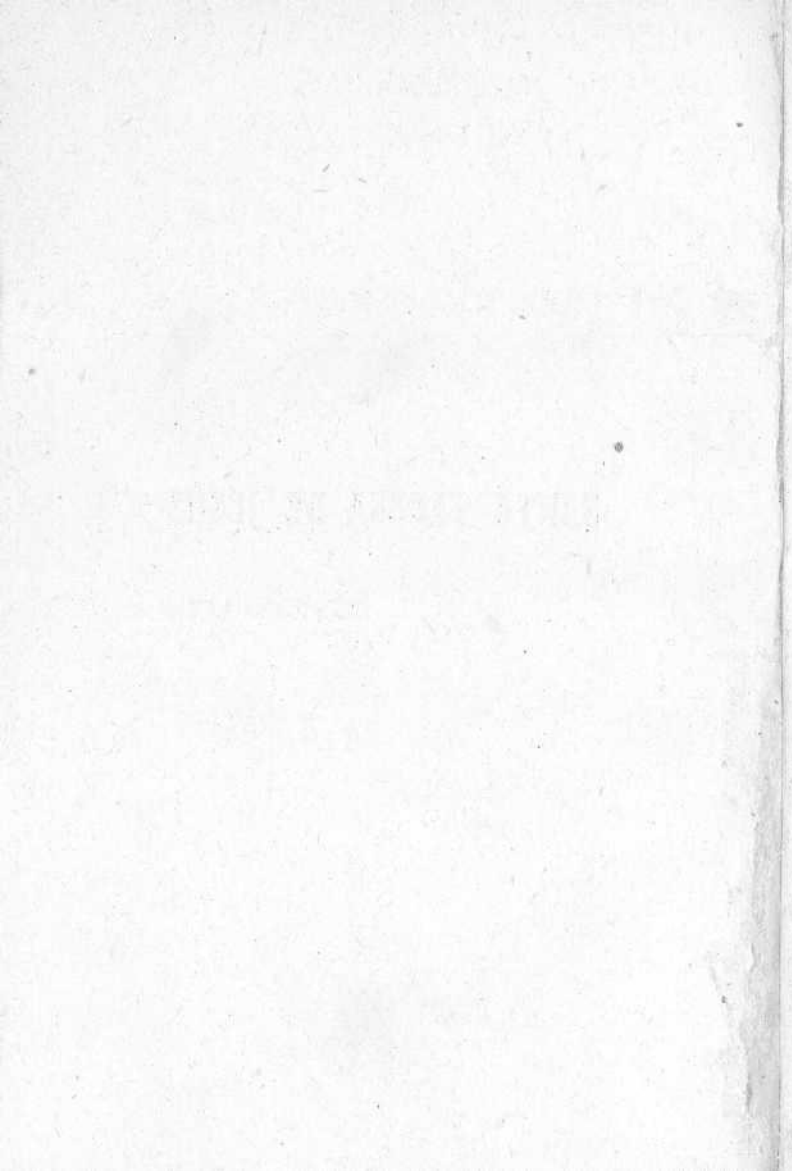
Nueva Librería Católica de Ignacio Zarzalejos

BORDADORES, 9.—TELEF. M. 50-27

CASA EDITORIAL



**SANTA TERESA DE JESÚS**





**ANTONIO DE MADARIAGA**

**Presbítero, Doctor en Teología y Filosofía**

**UNA FIGURA SOBRENATURAL**

**STA. TERESA DE JESÚS**

**CONFERENCIAS**



**IMP. GRÁFICA UNIVERSAL**

**PRINCESA, 14. MADRID**



## A Santa Teresa de Jesús

---

Si para salir airoso de la empresa que hoy acometo a honra y gloria de Santa Teresa de Jesús, bastara la rectitud del deseo, la sinceridad de la intención, lo arraigado de un gran cariño y de mi devoción a la Santa, nadie podría tacharme de atrevido, porque sin medir las fuerzas de mi pobre ingenio me arriesgaba a lo que está ciertamente sobre su alcance.

Se remonta a los primeros días de mi

vida, a los años de la infancia y de la juventud; con los primeros consejos maternos me infiltraron el amor a Sta. Teresa; cuantas veces oré de niño en la Iglesia del convento de M. M. Carmelitas de San José de Zumaya. A través del tiempo que ha pasado tan veloz y de la ausencia tan larga del rincón amado, cuantas veces en días señalados, grandes en la festividad de la Iglesia y en el recuerdo de la vida, me ha parecido oír las campanitas de la pobre espadaña en su monótono y alterno golpear y he visto el templo de gala, las gentes ataviadas, el altar radiante de luces y flores y he creído asistir a las solemnidades Teresianas como en mejores días que pasaron para no volver!

Este amor a la Santa de Avila, pone la pluma en mis manos y porque sé que él solo, por grande que sea, no bastará; por

eso la invoco desde el fondo del alma al principio de mi trabajo.

Virgen de los claustros de Gracia, de la Encarnación, del Convento de San José; Santa Madre de la reforma, la de las luchas interiores, la de los éxtasis de la quietud en la paz y en el amor y en la unión con Dios; la del corazón transverberado, la del alma desposada con Cristo, háblame al oído con aquella tu habla dulce y florida, rica y pintoresca, iluminada y ardiente, que sirvió en tus labios y en tu pluma, para contar los lances de tu prodigiosa vida y de tus fundaciones maravillosas. Ponte a mi lado como se puso al tuyo, el Angel transverberador, para sostenerme en mis desfallecimientos, cuando toque de cerca las dificultades de tratar cosas tan altas como las tuyas, en estilo tan pobre como el mío; recibe como una ofrenda escasa pero

sincera, este trabajo mío y resulte de todo él la apología del orden sobrenatural, el panegírico de las misericordias del Señor con sus escogidos y un aumento de la devoción a Ti y a tus hijos, en todos los que me lean.

Madrid, Septiembre 1920.



## PRIMERA CONFERENCIA

---

*Ut testimonium perhiberet  
de lumine. (S. Joan Evang.,  
cap. 1).*

### **El boceto.**

Vengo entre vosotros aún no bien repuesto de una dolencia, traigo fresco y reciente el recuerdo de vuestras antiguas bondades, en aquella para mí inolvidable novena del Sagrado Corazón de Jesús, y os confieso que en el cúmulo de vuestros favores, traigo hipotecada mi gratitud.

Me obligan a subir a este sagrado lugar invitaciones espontáneas, repetidas, cariñosas, de estos beneméritos P. P. del Carmen, y de estos mis amigos de Avila. La ocasión en que debo ha-

blar, siempre temerosa y difícil—pues no puede menos de serlo, el hablar de la Madre delante de los hijos que tanto la conocen, de la Santa ante sus paisanos, después de una serie de excelsos oradores que por aquí han desfilado—se me presenta más erizada de dificultades, porque el celebrarse este año el centenario de la beatificación, parece exigir de suyo con los mayores esplendores del culto y la magnificencia de esta pompa exterior, mas preciados quilates de elocuencia en el encargado, por vuestro voto, de dirigiros la palabra.

Ya véis como sin necesidad de que yo las pondere, se presentan ellas solas y resaltan de por sí, las razones que yo tengo para esperar y vosotros para otorgarme vuestra benevolencia.

Empecemos. Teresa en los designios de Dios, entre los esplendores del Verbo, como un verbo también, reducido, finito, humano, pero realzado amplificado, divinizado por la gracia, como un nuevo y magnífico testimonio de la luz. *Ut testimonium perhiberet de lumine.* He aquí la tésis general de estas mis pobres conferencias.



No creen los hombres en la luz alta, blanca, divina de lo sobrenatural o si teóricamente, especulativamente creen en ella, cierran practicamente los ojos y tapan las ventanas del alma para que no les entre la luz y a sus rayos no vean en toda su pequeñez y fealdad el ser propio. Cierran los ojos y no ven a Cristo tan hermoso, que detrás se va el alma y tras el alma los sentidos.

Y sin embargo, podemos decir que lo sobrenatural nos rodea y envuelve por todas partes. En nosotros mismos, Dios se comunica con el espíritu, aún con el de los pecadores, iluminando subita y clarísimamente el entendimiento para que veamos de un modo nuevo y eficaz para el bien, la fealdad del vicio y la hermosura de la virtud; Dios toca y pulsa suavemente la voluntad con llamamientos y aldabadas que indican que está a la puerta, esperando que le abramos, el que es dueño del mundo y árbitro de los humanos destinos. Hay momentos de silencio interior aun entre el fragor de las bacanales y el estrépito de las convulsiones sociales; una desgracia,

un desengaño, una ingratitud sirven a Dios de ocasión para hablarnos breve pero intensamente con su gracia actual, transeunte, que fulgura como una luz alta en la mente, que sopla como una brisa del cielo en la voluntad.

Y de un modo más perfecto, más constante, de una manera habitual, Dios entra con lo sobrenatural en el alma y se apodera de ella y hace trono de sus facultades y en la sustancia del espíritu siembra el germen de la bienaventuranza y pone, como un alma dentro del alma, la gracia habitual, principio de operaciones excelsas, de virtudes grandes, de heroismos de santidad que tienen su cosecha final en la visión de Dios, tal como El, se manifiesta a los bienaventurados.

Fuera de nosotros no abunda menos lo sobrenatural. Ahí está ese gran organismo divino-humano de la Iglesia, que es a través de la historia la prueba más palmaria de que lo sobrenatural existe en el mundo, de una manera estable orgánica, social. Y esto de varias maneras; lo sobrenatural en la doctrina, el dogma, la revelación de Dios a los hombres, en la que se amplían los

horizontes del conocer y aunque sin ahondar en la razón íntima de la verdad que se nos manifiesta, apoyados en el testimonio de la divinidad y por motivos de credibilidad que persuaden al entendimiento y obligan a un criterio recto a admitir lo que en tales formas de veracidad y de verdad se nos propone, llegamos a la posesión de la mayor certeza y llegaremos después a la evidencia en la patria de la verdad conocida por intuición.

Lo sobrenatural de la jerarquía, autoridad universal, perpetua, orientando las inteligencias, aunando las voluntades; autoridad que llega al fondo de las conciencias, que las escudriña, que las purifica, que las consuela, que las dirige y encamina por sendas de honradez y de moralidad y de virtud, a las grandes alturas de la santidad.

Y como si esto fuera poco, Jesucristo suscita en la Iglesia de tiempo en tiempo, almas verdaderamente iluminadas con luz extraordinaria que se manifiesta en las claridades de la mente, donde fulguran destellos del sol de la verdad que

no alcanzan en aquel grado a los demás, en las obras maravillosas que escriben con un tino y un acierto y una unción y para decirlo en una palabra, con un sentido de lo divino, que pone espanto en los que consideran de qué medios se vale Dios, a veces, para descubrir a los mortales las riquezas de su sabiduría y de su bondad. Y más que todo, la vida de estas almas extraordinarias, su fecundidad en el orden ascético y apostólico, que se perpetúa en fundaciones, gloria y esmalte de la vitalidad de la Iglesia, son poderosos argumentos para convencernos de que sobre las obscuridades del mundo de la farsa y del pecado, surcan relámpagos de lo sobrenatural, señalándonos como una vía láctea, en el cielo de las almas, las rutas sublimes de la santidad.

\*

Una de esas almas es Teresa de Jesús; de ella podemos decir lo que decía del Bautista el otro Juan, el Evangelista del Señor. No era la luz, pero era un testimonio de la luz non erat ipse-lux sed ut testimonium perhiberet de lumine.

En días de honda crisis para la Iglesia, de revolución para los espíritus, cuando la reforma protestante agita los pueblos, lanzándolos a las turbulencias de una guerra social y como principio director de las nuevas orientaciones religiosas, constituye en la débil y falible razón individual la norma suprema y única de toda verdad; cuando la cerrazón de la tempestad luterana pasa obscureciendo el cielo, aparece en las soledades del claustro Carmelitano, la Virgen de Avila como una antorcha viva atrayendo las miradas del mundo al foco divino de la luz, de donde aquellos fulgores teresianos dimanaban.

Y esa luz surge en el suelo de España, quizás como premio y recompensa que Dios concede a los esfuerzos y sacrificios que esta noble nación hiciera, en pro de la verdad y en favor de la Iglesia.

España sin dejar de sentir en sus hijos, individualmente considerados, las perniciosas influencias de la época y descontando la continua y perenne decadencia de la naturaleza humana, se convierte política y socialmente en mantene-

dora de la fe, cierra con precaución discreta y vigilante sus fronteras a la invasión del error y acude a los campos de batalla a rechazar el poderío de la heterodoxia y de la media luna y en las llanuras de Mülberg y en las aguas de Lepanto los estandartes de la cruz tremolados por manos españolas, añaden lauros de gloria al valor y a la fortuna del Emperador Carlos V y de su hijo bastardo Don Juan de Austria. Carabelas españolas descubren un nuevo mundo, audaces aventureros lo exploran, intrépidos guerreros lo conquistan, y virtuosos y santos misioneros lo ganan para la causa de la civilización y de Dios.

Y esa luz de la mente, de las obras, de la vida y de las fundaciones de Teresa, brota en los claustros del Carmelo, como un astro de su cielo, como una perla de su corona, como una flor de su vergel, como un legado de su riquísima herencia ascética y mística.

Era y es la orden del Carmen, la orden por excelencia de la Virgen: sus primeros hijos descienden del Carmelo, de sus cumbres altas, de su horizonte límpido; vienen en la nubecilla, en

el carro de la visión profética de Elías; dan los primeros pasos de la vida religiosa en la vida eremítica de los seguidores del Profeta. Es la orden del ascetismo sólido, vigoroso, humilde, fecundo y apostólico: es la orden de los grandes contemplativos, de las almas unidas a Dios, en las comunicaciones extraordinarias de la vida mística.

Notad este paralelo, la virgen María engendra en la naturaleza humana al Verbo que siendo desde toda la eternidad luz del Padre, quiere serlo desde el momento de la Encarnación, luz sobrenatural del mundo, y la orden carmelitana que es la orden de la Virgen, engendra en la vitalidad de su regla total y perfectamente cumplida, a Teresa de Jesús como un nuevo y maravilloso testimonio de la luz del Verbo ut testimonium perhiberet de lumine.

Aquí tenéis a grandes rasgos el boceto, mejor dicho la mancha del cuadro que estos días pretendo trazar, teniendo delante esa figura toda luz, ese corazón todo amor, ese brazo todo actividad y estudiando esas obras de su pluma y

esas fundaciones maravillosas de su apostolado errante y andariego.

Ya veréis aun expuesto por mi pobre palabra, como hay en el mundo realidades más altas, actividades más grandes, que estas de la vida exterior que todo lo llena y todo lo aturde con su estrépito. Ya veréis como estos horizontes del conocimiento humano son estrechos y reducidos si se comparan con las amplitudes del mundo de la revelación, que Dios descubre a las inteligencias predilectas de la Iglesia. Ya veréis como sobre estos amores de un día literalmente efímeros, interesados, pobres, vacilantes, cobardes, que se cansan en el camino, que se fatigan en la prueba del dolor y se arredran y huyen ante el sacrificio, hay otros amores grandes, sublimes, que se nutren de la raíz del dolor y beben como licor de ambrosía, en copa de lágrimas y merecen llamarse en la plenitud de la palabra, el amor de los amores.

Amor de los amores, amor ideal, cúmulo, cifra y compendio de todas las perfecciones del amor, que vale por todos ellos y a todos los



suple y a todos los supera y los vence. Amor de los amores, porque llega adonde ninguno otro llega y acomete empresas y realiza hazañas y opera milagros, que son el asombro de todos los otros amores, que quedan rezagados en el camino del desinterés y de la abnegación.

Así entenderéis como es verdad lo que dice la Santa en el capítulo XXI de su vida. «Está toda la vida llena de engaños y dobleces; cuando pensáis tener una voluntad ganada según lo que os muestra, venís a entender que todo es mentira». Y más adelante, en una frase felicísima, compendia la doblez y el desequilibrio de la vida, diciendo: «Esta farsa de esta vida tan mal concertada». Teresa desde las alturas de su inteligencia iluminada por Dios, desde la eminencia de sus amores sublimes, ofrendados a El, atalaya el mundo y ve como en él bullen engaños, apariencias falsas, falacias, sorpresas, dobleces del amor que se repliega en el interés, que se agazapa en el egoísmo, como la araña en el fondo de su tela para cazar incautos y contempla con la mirada sintética, comprensiva, de los

genios de la ascética la comedia humana, la farándula de la vida mal concertada, sin arte, sin gusto, sin belleza.

Y ella entre tanto en el castillo interior del alma, de muros más fuertes, de torres más esbeltas, de almenas más vistosas que las que cercaban y engalanaban la ciudad de Avila, donde nació, convive en intimidad dulce y regalada con Dios, que la ha escogido como un testimonio de lo sobrenatural en el mundo ut testimonium perhiberet de lumine.

---

## SEGUNDA CONFERENCIA

---

*Ut testimonium perhiberet  
de lumine. (S. Joan Evang.,  
cap. 1).*

### **Teresa de Jesús y la crítica racionalista.**

Me acerco con temblor a las proximidades del lienzo donde tengo que trazar la figura gigante de Teresa de Jesús como un reflejo de la luz eterna, como un alma verdaderamente iluminada e iluminadora, como un testimonio del poder y del amor de Dios sobre el mundo.

Tal sucede al pintor que en un momento feliz y en un conjunto afortunado de circunstancias, sintió en el regazo de la mente germinar una idea que él creyó inspirada. Allí está en el fondo de la inteligencia, acariciándola como un ha-

lago y pugnando por brotar al exterior: qué grande y qué fecunda parece. Baja de la mente al corazón, un calor suave con el que la idea inspiradora, fecunda al sentimiento artístico: el corazón ama lo que concibió la mente y es como un culto íntimo y callado el que se rinde en el espíritu al ideal.

Mas al llegar a la obra exterior, a la manifestación y realización de lo que en la mente se oculta; oh que toques y retoques, cuantas veces se borran las líneas, se corrigen las perspectivas, se cambia el dibujo, se modifica el color; pobres pinceles!

Tal vez sucede, que mientras el público se complace en la obra, el artista se retira murmurando para sus adentros; no es eso lo que quise pintar.

Ese es mi caso; una idea central, sintética, predominante, se me presenta como expresión y gráfica de la fisonomía moral, espiritual, sobrenatural de Santa Teresa de Jesús; en los desig-nios de Dios, en los decretos de la Providencia, dentro del orden mismo y economía de lo so-

brenatural, aparece la santa como un alma iluminada e irradiando altos destellos, reflejos purísimos de la luz eterna, como un testimonio irrefragable de la luz, de la vida extraordinaria, exuberante de la mística, que es la más alta y sublime manifestación de la vida divina en el mundo.

Aplicando al estudio de esta mujer extraordinaria, los métodos de investigación y conocimiento que son clásicos en teología, tratándose de Dios, os demostraré hoy por modo de razonamiento que podemos llamar negativo, lo que no es la Santa, o en otros términos os haré ver, como toda ella en su vida, en sus escritos, en sus empresas, es un enigma indescifrado, para la escuela racionalista que no admite el orden sobrenatural.

En el ramillete de elogios que a tus plantas enlazan y tejen oradores elocuentes, admite Santa Madre del Carmelo, esta flor humilde y oscura que ha crecido en el huerto de una devoción en mi antigua a Tí y a tus Hijos.

Es tan grande Teresa de Jesús que la majestad de su figura se impone a los más alejados de las fuentes del conocimiento espiritual. Tres puntos de vista, tres aspectos y como facetas o perspectivas hay para enfocar esta colosal y sobrehumana figura; su vida, sus escritos, sus empresas.

Pues bien, no sólo los católicos y devotos de la Santa, sino también los herejes, los racionalistas y los incrédulos, han estudiado esa vida, han leído esas obras, y han parado mientes en esas fundaciones. Os diré más; mientras aquí en España los enemigos del orden sobrenatural apenas han pasado los ojos por esas páginas y hojeado esas portentosas producciones, fuera de aquí, en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, en Austria, en Alemania, forman legión los disidentes, los adversarios de la Iglesia que han hecho de esa vida, de esas obras, de esas fundaciones, ocupación preferente y aun única de sus investigaciones históricas, de sus teorías filosóficas, o de sus disertaciones teológicas.

Ya se ve, aquí el material científico de los que están en el camino de enfrente, se reduce de or-

dinario, no digo siempre, a una ignorancia añeja y hereditaria del problema religioso, a una incapacidad de estudiarlo por sí mismos, en sus primeras fuentes, por desconocimiento de las lenguas sabias y carencia de cultura clásica, que para ello se requieren; a una superficialidad vergonzosa en el conocimiento técnico de las cuestiones que se discuten y se ventilan, concretándose toda su labor polémica y demoledora, a presentar como nuevas en farrago indigesto y antiestético, objeciones vetustas cien veces refutadas, a escarceo de frases de mal gusto despectivas de lo que ellos llaman teocracia y clericalismo y al manojó de cuentos de subido color donde para variar hacen el gasto curas y frailes salpimentados de leyenda antijesuítica y nada más.

Es, pues, un hecho que a estudiar esta figura de Teresa de Jesús se acercan los hombres más grandes, los pensadores más profundos, los más sutiles filósofos; pero con esta diferencia, que mientras nosotros los alumnos de la fe, tenemos en la mano y a nuestra disposición la lente poderosa que nos aproxima el objeto para enfocar-

lo bien en su propia luz y naturalmente, o mejor dicho sobrenaturalmente, ellos, los negadores del orden sobrenatural se encuentran incapacitados para estudiar a la Santa, inhábiles para definirla y en absoluta imposibilidad de dar solución a los problemas que de esa investigación y de ese estudio resultan y se deducen.

En efecto; lo más externo visible y como palpable de la gran Santa castellana, son sus escritos.

Ahí están; en ellos no cabe tergiversación; es algo histórico, concreto, plenamente objetivo. Fijémonos en lo más externo, en el aspecto literario.

La lengua popular de Castilla, el habla rica del hogar con galanura propia y giros nativos y fluidez no aprendida corre como agua cristalina rumorosa y límpida, por el cauce de sus escritos. Y digo, corre en el sentido más propio y literal de la palabra; porque es así que en esas líneas parece se oye el rumor del agua que en el manantial de aquella inteligencia clara, serena, brota en burbujas irrestañables y fluye después por



los puntos de la pluma y a ratos se remansa en un paréntesis, a ratos salta como en cascada, llevando en su corriente oraciones incidentales sin perder nunca el hilo del pensamiento principal.

Qué propiedad en los términos, qué justeza y exactitud en los epítetos, qué sobriedad, qué concisión, qué contornos y contextura de estilo tan sintético y comprensivo, marca y sello de los mayores artistas de la palabra. Y al mismo tiempo, qué claridad, qué transparencia en el fondo de esta brevedad.

Cuando uno se familiariza con los escritos de la Doctora mística, experimenta un placer íntimo y escondido, verdaderamente estético en leerlos. Parece que de las páginas del libro surge la figura apacible, agraciada, hermosa de Teresa de Jesús, y se oye su conversación suave, pintoresca, iluminada, atrayente que habla como hablaría a su confesor, a sus hijas, a sus amigas.

Y sin embargo esa mujer no es literata en el sentido técnico de esta palabra; sabe lo que sabían en su tiempo en Avila, en Castilla, en España todas las hijas de las familias acomodadas.

El fondo de su saber es el catecismo, luego, algunos libros espirituales de recia contextura y subida doctrina; en lo literario algunos libros de caballerías de lo que ahora llamamos novelas y libros de entretenimiento. No ha estudiado los clásicos, ignora las leyes, el arte, los recursos de la imitación, de la composición; no ha asistido a las aulas universitarias, no es como Doña Oliva de Sabuco, o la no menos renombrada Doña Beatriz Galindo, no la confundáis con Mad. Stael o Mad. Sevigné o Concepción Arenal.

En el orden intelectual filosófico, en lo más íntimo y profundo que constituye el meollo, la substancia de esa obra literaria, todo es más grande aún y más admirable. ¿De qué trata en esos escritos, cual es el asunto de esas obras?

Se interna en los repliegues, en las honduras, en las delicadezas de la vida del alma, en lo más difícil complicado y misterioso de la psicología.

El alma como un huerto donde Dios baja para hacer en él siembra y plantío, cultivo y experimentación extraordinaria de virtudes y dones y carismas celestiales; el alma como un castillo in-

terior donde el Rey de los amores se aposenta para conversar con el espíritu humano en hablas misteriosas e inefables; el alma como una oficina y laboratorio oculto de las operaciones extraordinarias del orden sobrenatural. Y todo esto lo analiza, lo deslinda, lo describe, lo pinta, lo hace sentir Teresa en sus escritos. En sus manos la pluma es pincel, buril, escalpelo.

Y no es un filósofo, no ha estudiado a Aristóteles, no conoce a Platón, no ha leído el Simposio, no ha escuchado las palabras que supone Platón oyó Sócrates de Diotima; no conoce la escuela de Plotino ni la de los gnosticos de Alejandría o de los secuaces de Filón; no tiene noticia de la teosofía árabe de la edad media de España, de Gabirol, de Tofail y sus afines los neoplatónicos de Oriente y los teósofos de Occidente.

Os diré más; técnicamente no tuvo, no pudo tener la preparación doctrinal de San Anselmo en sus ardorosas meditaciones, de San Buenaventura en sus efusiones místicas, de Gerson Rusbroki y de Tauler. Y con todo y a pesar de

todo es más mística, más escritora, más doctora mística que todos ellos porque en sus obras hay más y mayores manifestaciones del estado psicológico místico y en sus escritos, en sus ideas y afectos, revela de modo más alto y soberano el endiosamiento del alma misteriosamente unida a Dios.

Y llegamos ya al orden afectivo al estudio de la voluntad, de la personalidad moral y religiosa de la santa Carmelitana. Aquí se estrellan los ingenios más altos, se embotan las plumas mejor aceradas; al indagar y definir qué es esa mujer extraordinaria en el desarrollo de su vida, de sus empresas, de sus fundaciones, el vulgo de los incrédulos responde, fué una gran ilusa una sublime soñadora. ¿Si, de veras? Causas, orígenes, precedentes, evolución, génesis de ese estado psicológico anormal, de esa inmensa autosugestión.

Aquí los racionalistas se miran unos a otros turbados y en pleno desconcierto y cada uno responde a su manera y todos se equivocan.

La melancolía; será esa tal vez la causa del es-

tado espiritual de Teresa? Mil veces no: la Santa de Avila es la flor de la jovialidad. Uno de sus rasgos característicos es su gran sociabilidad, su agrado en el trato de gentes. En sus escritos pone siempre una nota de luz, de amor, de simpatía al tratar de las doctrinas de las virtudes más austeras y de los vencimientos más heroicos. Teresa melancólica, cuando combate la que encuentra como una infección del espíritu en las hijas de su obediencia. Si alguna vez aquella mujer delicada y suavísima parece dura y se manifiesta inflexible, es cuando ataca a los grandes peligros de esa plaga de los claustros, de esa peste y polla de la vida espiritual.

¿Será tal vez la exaltación de la fantasía, el desequilibrio de la imaginación, lo que origina ese estado extraordinario de Teresa? Tampoco. Porque Teresa no fué nunca mujer de imaginación exaltada; ella misma lo confiesa en el capítulo cuarto de su vida: «No me dió Dios talento de aprovecharme con la imaginación que la tengo tan torpe que aún para pensar y representarme como lo procuro traer, la humanidad del Señor,

nunca acababa». Lo mismo y con otras palabras lo repite en el capítulo noveno; y a esta pobreza de su imaginación como ella la llama y en realidad no era pobreza, sino sobriedad y equilibrio de la imaginación subordinada al entendimiento, atribuye ella la afición que tenía a las imágenes y a la pintura religiosa.

Que no era mujer de imaginación exaltada lo prueba la firmeza de su carácter, la serenidad del ánimo en los trances más apurados. Cuando en un obscuro camarote de una casa de Salamanca habitada un día por estudiantes, la pregunta su compañera qué va a ser de ellas si tal vez se muere, contesta tranquila y graciosamente «hermana de que eso sea (es decir cuando suceda) pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir».

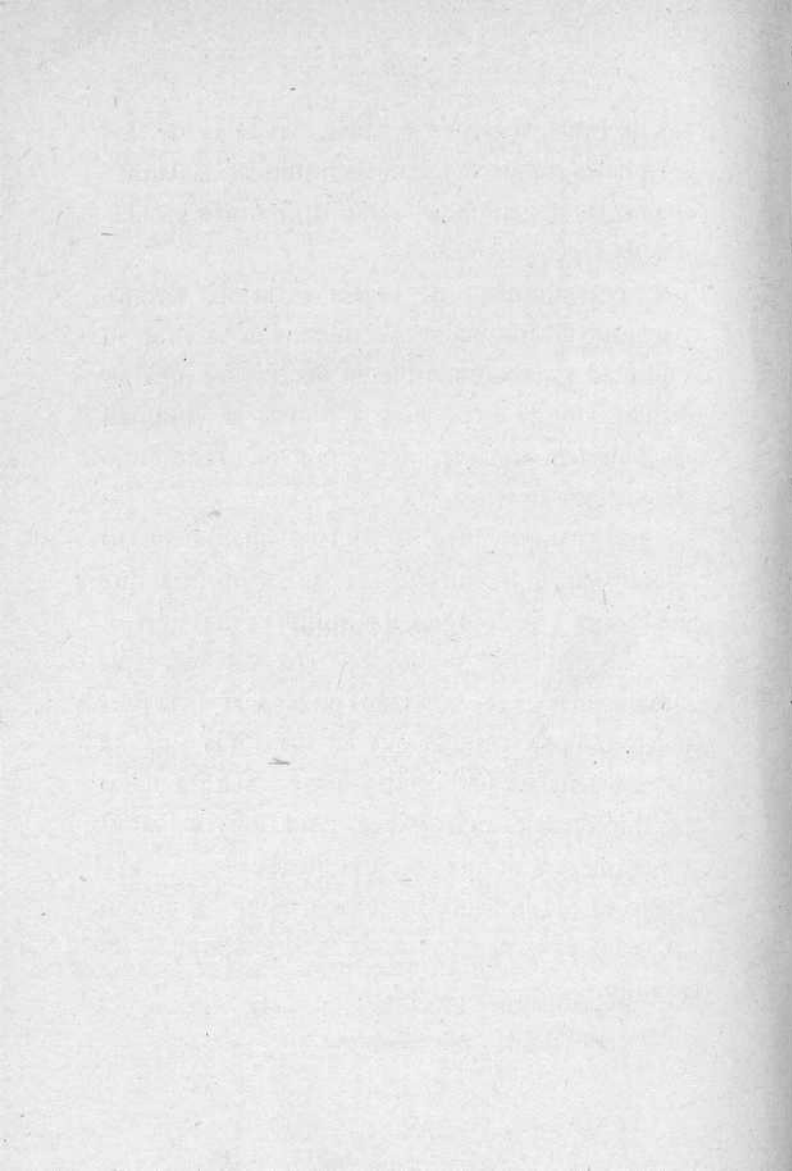
Ya se lo que me van a responder estos sabios mutilados, protervos, negadores de lo sobrenatural. Todo esto tan extraordinario, tan anormal, es histerismo, neurosis, predominio del sistema nervioso, desequilibrio, degeneración. Si esa es la causa, la Salpetrier será un seminario de Tere-

sas de Jesús, si esa es la causa, las salas de los hospitales donde se tratan las histéricas, las anormales, las degeneradas, serán laboratorio y oficinas de Doctoras místicas.

El entendimiento de Teresa es firme, sereno, perpicaz, en los mayores conflictos de la vida; su voluntad es incommovible en los trances más terribles. Donde están pues la abulia, la voluntad mediatizada, anulada, inerte por el predominio del sistema nervioso?

Ilusa la mujer cuyo espíritu lo analizaron, lo escudriñaron, lo sujetaron a disección más que anatómica e histológica los hombres más graves, los más prudentes confesores, los varones espirituales más experimentados en las vías de la perfección? Ilusa la mujer que en sus obras nos ha dejado señaladas con pulso firme y segura mano las diferenciales más gráficas para discernir donde empieza y donde acaba la ilusión?

No es eso la Santa castellana; es el testimonio de la luz es la prueba de lo sobrenatural en el mundo.





## TERCERA CONFERENCIA

---

*Ut testimonium perhiberet  
de lumine. (S. Joan Evang.,  
cap. 1).*

### **El orden sobrenatural**

Ante la grandiosa figura de Teresa de Jesús, tiene que sellar sus labios la escuela racionalista sin poder dar adecuada solución a los múltiples problemas que sugiere al pensador, el estudio de la vida, de los escritos, de las fundaciones de la Santa.

Aquella extraordinaria mujer que sin más letras que las pocas que aprendiera en el hogar y en los claustros de la vida religiosa, sin más forma literaria que la escasa obtenida en los libros

de devoción y en algunos otros de mística que después leyó, sin contar los de entretenimiento por donde pasó sus ojos, escribe de profundísimas materias con un encanto de estilo, con una sencillez y claridad que son la desesperación de los artistas de la pluma; aquella mujer humilde, sencilla, que sin tener noticia de los grandes filósofos del mundo pagano y de la religión cristiana, se interna en el hondo problema de la psicología y una vez en las profundidades del alma, escudriña, analiza y describe las operaciones recónditas y misteriosas de Dios con sus escogidos; aquella Santa que paso a paso se encumbra hasta las cimas del estado místico preludivando en la tierra las visiones y ardores beatíficos de la bienaventuranza y en este misticismo verdadero, sublime, se forma, se prepara, se dispone para la empresa del apostolado de la reforma perfectiva del Carmelo, es un enigma indescifrable para los que no admiten el orden sobrenatural.

No es, no puede ser una gran soñadora, una insigne ilusa, un ejemplar típico de autosugestión, la mujer sobria, equilibrada, apacible, jo-

vial, enemiga de toda mentira, la mujer toda verdad en su vida y en sus palabras.

Y en efecto, no es esa Teresa de Jesús, es un alma verdaderamente iluminada, un testimonio de la luz eterna, ut testimonium perhiberet de lumine.

Vamos a demostrarlo en las sucesivas conferencias, empezando hoy por el estudio en sí misma y en sus relaciones con el alma humana de la luz de la verdad, de la divinidad, es decir, del foco perenne de esa luz, de la cual es testimonio y prueba irrefragable Teresa de Jesús.

\*

Abre los ojos la razón y el fulgor de los rayos divinos, reflejos y dispersos en la naturaleza sensible, la impresionan y la deslumbran.

La hoguera del sol que arde en los espacios y de donde nos viene la luz que viste de colores los objetos, el calor, como un abrigo universal para la pobreza y desnudez de todas las cosas y las energías químicas que en el aire y en la tierra y en el mar, como en triple laboratorio, ac-

túan y producen movimientos de acción y reacción de los elementos inertes de la materia; las estrellas que brillan con fulgor parpadeante a inmensas distancias de nosotros y pareciendo puntos que tachonan la bóveda celeste, son otros tantos mundos llenos de misterios y obra igualmente de Dios; la atmósfera que nos rodea donde la luz se quiebra y el calor se difunde y se forman las nubes y se reparte la lluvia benéfica para los campos; las llanuras inmensas, majestuosas del mar, donde en las horas de calma duerme la brisa rizando apenas la superficie, donde el huracán levanta escuadrones de olas y en ellas cabalga, suelta y desmelenada la crin de las espumas; campos espaciosos y mesetas de las altas regiones, los secretos del suelo y del subsuelo, la varia riqueza de los metales, el misterio de la vegetación, alquimia, laboratorio, donde la tierra negra y las sustancias que la enriquecen se transforman en la fortaleza del tronco, en la hermosura de la flor y en la suavidad del fruto; el mundo de la vida animal, desde el organismo rudimentario hasta el más perfecto, el ciclo, y des-

arrollo del instinto, como una segunda providencia de los animales; y sobre todo esto, como rey en su palacio, como artista en su taller, como piloto en su nave, como sacerdote en su templo, el hombre, microcosmos, mundo abreviado, con los repliegues misteriosos de la memoria, archivo de penas y de alegrías donde se guarda oculta la historia de la vida; con la inteligencia, destello de luz, fuerza penetrativa perspicaz e indagadora de la esencia de las cosas; con la voluntad donde brotan los deseos, se forjan los propósitos y anidan vicios y virtudes, ruindades y heroismos.

La razón estudia en este libro de la naturaleza sensible, sube por esta escala de perfecciones graduadas, mira en este espejo la perfección divina que de una manera aunque imperfecta y fragmentaria se retrata.

El oído interior del alma oye aquella voz que parece surgir del fondo de las criaturas, y moduló en versos inmortales el teólogo poeta del Carmelo, San Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura,  
vestidos las dejó de su hermosura.

Va la inteligencia aunando estas bellezas, estas fuerzas, estas realidades y vidas, de todas ellas hace un boceto, una figura esquemática, añade rasgos, agrupa artísticamente trazos, combina perspectivas y deduce la existencia de una fuerza que a todas las presta sus vigores, de una hermosura de las que todas son huella, vestigio, pálida imágen, de una causa primera, de una perfección suma, de una inteligencia infinita.

La variedad se asienta y se basa en la unidad, lo contingente, y lo mudable reclama y exige la preexistencia de lo necesario y de lo eterno.

Esta vida múltiple, varia, gradual, gerárquica, está en Dios, *In ipso vita erat*. Está como en ejemplar, como en ideal del que toda vida, toda perfección, retrae e imita aunque de una manera reducida y pálida, su ser y su belleza;

está como en causa eficiente porque el poder que llama a las cosas de la nada y las da ser y las coloca en la realidad, es la omnipotencia divina: está como en causa final, porque como los ríos van a la mar, así las perfecciones de las criaturas pregonan la sabiduría y el poder de la bondad de Dios y le sirven para su glorificación externa.

La razón no puede más, no sabe más. Es claro y evidente que esa perfección suma de la causa primera, no se agota ni puede agotarse en la creación finita, pero cómo sería una mayor perfección de unas nuevas criaturas, cómo serían los quilates de ese poder inagotable, la razón no puede conocerlo.

En apoyo, en confortación, en elevación de la inteligencia viene la fe, se abre un rompimiento en los muros de división, entre lo natural y lo sobrenatural; se divisa un nuevo sol, se vislumbran nuevos horizontes.

In ipso vita erat. La vida, toda realidad, sin huecos, sin deficiencias, sin potencialidad, plena, exuberante de perfección en todos los órdenes

y líneas y direcciones del ser, la vida independiente *a se*, de sí misma, por sí misma, que tiene en la entraña, en lo más hondo del ser, la razón de su existencia; la vida cuya naturaleza, cuya esencia es el existir, es Dios.

Esa vida es poder, fuerza, fecundidad infinita en el Padre *a quo omnis paternitas sive quae in coelo sive quae in terra*. Es luz, esplendor infinito, término del conocimiento, idea viva en el Verbo; es vida, es amor sustancial, personal, infinito en el Espíritu Santo.

Qué alto, qué sublime es todo esto, ¿verdad? «Andamos acá como unos pastorcillos bobos que nos parece alcanzamos algo de vos; debe ser tanto como nada, pues en nosotros mismos están grandes secretos que no entendemos». Dice la Santa en el libro de las Moradas (Mor. 4.<sup>a</sup>, Cap. II).

Así es y aquí en nosotros mismos en los repliegues del alma, crea Dios un mundo nuevo, hace germinar una vida superior, la vida de la gracia, la vida de la mística, el orden sobrenatural.



Orden sobre la Naturaleza, no contra ella ni contra sus esencias e intrínsecas aptitudes y exigencias eso no, eso nunca; sobre la Naturaleza, es decir, añadiendo riquezas y joyas, galas y atavíos a la hermosura y perfección natural.

Por la perfección propia del alma humana ya nos parecemos a Dios, ya somos de algún modo su imagen, tenemos rasgos específicos, propios de la Divinidad, somos inteligentes, tenemos voluntad y libertad como Dios, pero el Señor en esta tierra suya del alma, en estas facultades nuestras, quiere hacer y formar un huerto escogido, un ameno jardín y *«vuélvese él hortelano»*; planta y soterra una semilla nueva, un principio, un germen de una nueva semejanza divina, ese germen es la gracia.

El la cuidará, El la regará, nosotros con El y después que El nos ha precedido, siendo suyos los primeros toques y los principales movimientos de este orden, hemos de colaborar al desarrollo de esta vida de luz, de iluminación interior *eratis aliquando tenebræ nunc autem lux in Domino*, érais antes tinieblas, oscuridad,

mancha, ahora sois luz. El término último, el desarrollo pleno, el fruto de esta semilla no es de aquí, solo se logra en el cielo in lumine tuo videbimus lumen.

Mas entre esta vida de la gracia y aquella de la gloria, entre las luchas de la virtud y el premio del cielo, hay otra vida interna más alta que toda la vida de la gracia, inferior a la vida de la gloria, es la vida mística en la que se desarrollan operaciones sobrenaturales no sólo en cuanto a la sustancia, sino en cuanto al modo íntimo de ellas, porque están vaciadas, digámoslo así, en un troquel nuevo y suponen una gracia más alta, dones superiores, designios especiales de Dios sobre sus escogidos.

Estas almas que aquí llegan y así se encumbran son en toda la extensión de la palabra almas iluminadas y del seno de sus fulgores, del centro de este misticismo que al parecer de los mundanos es inercia, es quietud, es pasividad, surgen y se desarrollan las grandes, las incontrastables actividades de los apostolados de la Iglesia.

El éxtasis del llagado de Asís se convierte en la actividad de la Orden Franciscana, suavizando las asperezas de los señores feudales en el trato con sus colonos, honrando la pobreza, humanizando, vulgarizando la piedad.

La oración altísima de Domingo de Guzmán en los grandes silencios del alma endiosada, tiene por ecos resonantes la palabra elocuente y sabia, popular y evangélica de la orden insigne de Predicadores.

El rapto de San Ignacio de Loyola en Manresa deja en el antiguo caballero de Pamplona y de Nájera, los gérmenes de la actividad prodigiosa de la Compañía de Jesús.

Los años largos de silencio y de retiro de la Encarnación, el sueño místico de Teresa de Jesús, tienen un despertar de leona que busca sus cachorros dispersos y de aquel endiosamiento teresiano surge el apostolado de la reforma y de las fundaciones del Carmelo.

El mundo va a sentir la invasión de un poder sobrenatural, el advenimiento de una fecundidad inusitada y sobrehumana en cuyo seno ten-

drán cuna y regazo generaciones de ascetas, de vírgenes, de apóstoles y de mártires. El mundo verá que en las llanuras de Avila más alta que sus sierras, más hermosa que su cielo, más grande que todas sus noblezas históricas, se levantará una luz que iluminará como magisterio seguro maternal y suavísimo el interior de las almas. El mundo sentirá que una ola de amor se desbordará del corazón trasverberado de Teresa encauzando en su corriente los amores humanos y como Dios es eso, poder, luz, amor, en su única naturaleza y en sus tres personas, Teresa será el testimonio, el argumento de la vida divina ut testimonium perhiberet de lumine.

---

## CUARTA CONFERENCIA

---

*Eratis aliquando tenebræ  
nunc autem lux in Domino,  
(Ad Ephes-5-8).*

### La obra de la gracia

Aún en el orden mismo natural, lo más grande y admirable de él, se escapa a nuestros ojos, se oculta a nuestros sentidos y burla los conatos de investigación afortunada de la inteligencia humana. Las misteriosas fuerzas físico-químicas, la naturaleza y cualidades de los agentes universales, luz, calor, electricidad, los secretos de la vegetación, las maravillas de la sensación y del sentido íntimo del instinto animal, la traba y unión estrecha del cuerpo y del alma, el mutuo influjo de esas dos partes constitutivas del com-

puesto humano. Qué extraño, pues, que también y con mucha mayor razón, se desarrollen en el interior del alma, actividades y energías divinas, que no pueden estos ojos de carne atisbarlas y se escapan a la penetración de la pobre inteligencia nuestra? Hagámoslas visibles y palpables en cuanto ello es dado y posible, con la divina gracia, que suplirá lo que falta a mi torpe ingenio y a mi balbuciente palabra.

Hoc scientes, quia vetus homo, noster, simul crucifixus est ut destruat corpus peccati et ultra non serviamus peccato.

He aquí la primera operación de la gracia en la vida sobrenatural; ese germen, ese cuerpo, ese organismo enfermizo y decadente de las pasiones, no puede desaparecer; son fuerzas del orden sensitivo que al tender a su propio objeto, se hallan muchas veces en pugna con el objeto propio del ser racional. Es necesario estar a cada paso con la regla de la razón y el imperio de la voluntad, en el manejo y la soberanía del hombre sobre sus pasiones, la regla para ver que es o no apetecible según el criterio racional, y el

etro de la voluntad, para imponer orden y obediencia a la pasión.

En la imposibilidad de que esas pasiones desaparezcan y de que esas fuerzas se anulen, hay que domarlas, molestándolas, castigándolas, mortificándolas, con los vigores de la gracia; hay que crucificarlas en la cruz de la abnegación.

La fuerza y el poderío para esos vencimientos nos viene de lo alto, desciende de la gracia, baja de la cruz.

San Pablo emplea un nombre propísimo para clasificar las diversas fuerzas que integran al hombre. Debajo de una misma personalidad real y jurídica, existe en nosotros un dualismo abrumador. Tenemos de ello cotidiana y triste experiencia; ruge en nosotros la soberbia y en derredor de ella la turba multa de todos los malos resabios; todo lo inconfesable, todo lo ruín, todo lo caduco y pequeño y empequeñecedor, y en cambio, al lado de esas bajezas, sentimos que olean nuestra frente, ideas altas, pensamientos generosos, que recrean nuestra voluntad, deseos nobles y levantados.

↳ Ese primer grupo del dualismo humano constituido por las pasiones que de suyo son indiferentes, que si se las sujeta a la razón y a la voluntad son buenas y por los hábitos viciosos, integrada en el orden moral como un principio permanente de caídas, de tumbos, de decadencias; viene a ser como un alma aviesa, atravesada, como un espíritu de ruindades y a eso llama el apóstol, hombre viejo, es decir, hombre decadente.

Y fijaos bien; este germen de pecados existe en todos absolutamente en todos los hombres. Si unos llegan a esas alturas de la santidad y se encumbran como águilas en el cielo de las virtudes no es que carezcan de este contrapeso, no es que estén exentos de esta gravitación hacia el abismo, sino que aislaron el germen de las caídas, enfrenaron la rebeldía de la carne y las exuberancias de la pasión.

⊕ Esa es la primera labor de la santidad; la primera entrada de Dios en el hombre. Efecto de esta crucifixión de las pasiones, cuando quedan sujetas y sumisas en virtud del dominio de la



voluntad vigorizada por la gracia, destruitur corpus peccati se destruye el cuerpo, la mole del pecado dice San Pablo; ¿en qué sentido? et ultra non serviamus peccato; se inutiliza aquel organismo de obstáculos, de entorpecimientos, que son rampa y sumidero de caídas; se hace ineficaz la inexistencia de esos gérmenes de vicios, porque aunque realmente existen y están en el fondo de nuestro ser y lo integran en sus elementos sensitivos, sin embargo de hecho, en el orden de la eficacia, esos gérmenes aislados y faltos de cultivo, no se hallan en condiciones de que produzcan sus nocivos frutos.

Y como feliz consecuencia de esta acción de la gracia sobre las pasiones, el hombre no es ya mas esclavo del pecado et ultra non serviamus peccato, rómpense las cadenas de la servidumbre ignominiosa en que tantos gimen reproduciendo con sus obras aquel suspiro de agonía moral que tan gráficamente expresó el Apóstol cuando dijo que sentía el imperio de una ley en sus miembros, en sus sentidos, ley tiránica, mientras no nos pongamos del lado de la virtud.

El mundo está lleno de esclavos con apariencias de libres; hombres que allá en su fuero interno o por lo menos en su imaginación y en su fantasía, se forjan la ilusión de que han sacudido todo yugo de orden moral, que han roto todo freno de contención superior; y lo que hay es que sólo han cambiado de dueño, que sólo han permutado de yugo y de coyunda; no sirven a Dios, no observan sus mandamientos, pero en cambio se arrastran en pos de la pasión y en lugar de los pocos y racionales y santos mandamientos del Señor y de su Iglesia, se ven constreñidos a practicar las órdenes arbitrarias, depresivas, hasta repugnantes, de un tirano o de una tirana.

Los Santos no; son verdadera y propiamente libres con una libertad que es hija de la gracia y es uno de sus más dulces y sabrosos frutos. Tal fué Teresa de Jesús.

Habiála dotado Dios de una alma noble, generosa, comunicativa; en el hogar encontró un ambiente propicio para el desarrollo de aquellas buenas nativas cualidades; la educación vino en

apoyo de la naturaleza y corrigió sus defectos y la encauzó por derroteros de honradez y de virtud. Los padres de Teresa proyectan en su vida una luz apacible de cristiana discreción, de domésticas virtudes, que Teresa es la primera en reconocer y lo consigna en sus obras repetidas veces en términos de la más exquisita gratitud.

Pero Dios la quería desásida de todo afecto humano que impidiera la obra del cielo en el cultivo espiritual y místico de aquella alma extraordinaria; Dios exigía para morar en ella, con especial e íntima convivencia, una limpieza suma, un desapego absoluto de las pequeñeces de acá abajo; y por eso permitió que su predilecta sirva se viera hasta cierto punto y en cosas que nunca llegaron a pecado grave, con inquietudes y ahogos de los cuales salió con la dirección de sabios confesores y el esfuerzo de su propio espíritu, logrando arribar a las playas de la serenidad y de la paz donde el Señor conversa con sus escogidos.

Logrado este primer efecto de la gracia la limpieza del alma, Dios adorna y equipa nuestro

espíritu para la lucha y el triunfo de las virtudes. Y así como en el orden natural, discurre admirablemente el Doctor Angélico (1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> eq. 110 artículo 2.<sup>o</sup>), además de ayudar a las criaturas con su concurso a todas y cada una de las operaciones, las provee y las dota de principios de naturaleza, de formas operativas estables, fijas, para que de ellas broten los actos, así también en el orden sobrenatural, además de los auxilios transeuntes nos da y comunica formas, cualidades sobrenaturales, es decir, formas accidentales del alma, de manera que lo que Dios tiene por esencia y naturaleza y necesidad, lo tengamos nosotros por participación, por don gratuito, por libérrima concesión divina.

De esta fuerza y principio de fuerzas que Dios pone en nosotros, surgen espontánea y necesariamente las facultades de la virtud, los medios de ejercitarla. El alma así elevada por Dios, enriquecida con sus dones, equipada con sobrenaturales facultades, es según frase del Apóstol, toda luz era: *eratis aliquando tenebrae nunc autem lux in Domino* (Ad Ephes 5-8) érais antes,

en la gentilidad, tinieblas de ignorancia, de error; érais en el pecado, obscuridad de criterios falsos en el orden moral; érais sobre todo en el corazón mancha de honda obscuridad; ahora en la vía iluminativa de los Santos, sois todo luz, luz de razón serena que discurre bien, que precede a las determinaciones de la voluntad en el orden ético; luz de la fe que en vosotros fulgura y da sus mejores rayos.

Si esto se dice, se puede decir, de todos los justos, de los que son Santos como Teresa, se debe decir, mucho más. La fe de Teresa era fe viva que informaba todas sus acciones, que presidía como un espíritu alto y supremo, como un criterio último e inapelable todas las ideas y juicios de su actividad moral. Teresa creía tanto, creía tan bien, que parece que lo veía, y sentía el calor de esta fe.

Después de la razón y de la fe, los Santos tienen la luz de la oración continua y fervorosa; en ella estudian a Jesucristo; en fuerza de orar y de escudriñar ese divino modelo, van adquiriendo facilidad suma de pensar en cosas tan altas, y de

este conocimiento se engendra el gran amor de los Santos a Dios.

Y así que dan con este piedra de toque, con este talismán de amor, les parecen dulces los sufrimientos; es el deseo del cielo que hace más llevaderas las penas de la vida, que son o deben ser camino para el cielo.

Cristo y el alma se hacen compañía en las horas de mayor soledad, cum ipso sum in tribulatione; efecto de esta compañía, siente el alma como prendas inequívocas del auxilio divino, la paz en el dolor, la serenidad íntima en las mayores borrascas de la vida. Es muy dulce al alma, pensar que Cristo lo ve todo, en cuanto Dios y asiste al brotar de nuestros buenos deseos y aquilata el amargor de nuestras lágrimas y compulsa el mérito de nuestras acciones. El amor a Cristo que allá arde en el corazón, sube a la mente y pasa por la imaginación, llega a los labios y se difunde por todo el cuerpo.

Así van su camino las almas justas, es decir, las almas ajustadas a la norma interior de toda rectitud y de toda santidad; así hacen sus jorna-

das por la vía iluminativa subiendo en escala de luz por peldaños de claridad. Son los verdaderos artistas de la perfección que se proponen como ideal el reproducir en sí mismos, los rasgos de Cristo crucificado y lo estudian en la oración y lo reciben en la comunión y a golpes de dolor lo reproducen, hasta donde ello es posible, a la limitación humana, en la mortificación y en la abnegación.

---





## QUINTA CONFERENCIA

---

*Eratis aliquando tenebræ  
nunc autem lux in Domino,  
(Ad Ephes-5-8).*

### **La Vida Mística**

Que distancia tan grande la que el alma recorre desde el pecado hasta la santidad. Quien sería capaz de reconocer en esas almas rectas, buenas, virtuosas, a aquel espíritu decadente, aherrojado por las cadenas de la pasión. No es que haya desaparecido lo que el Apostol llama hombre viejo, pero está maniatado, crucificado.

El alma encontró a Dios no sólo en el estudio y en la contemplación de las criaturas, ni solo en la revelación de la fé, sino además en el ha-

bla íntima, en la acción inmediata de Dios sobre nuestro espíritu.

Ya está el amor de Dios en el alma, ya nos da aldabadas de grandes deseos, ya sentimos los impulsos de una fuerza nueva que en nosotros existe y es como una segunda naturaleza que hermosea y enriquece a la primera. Ya se han encontrado Cristo y el alma y se acompañan y se consuelan en los caminos de la virtud.

Esta es la santidad ordinaria pero hay otra de la cual vengo yo a hablaros y que dentro del orden mismo sobrenatural, supone una gracia mayor, dones superiores, mayor comunicación de Dios con sus escogidos. Sin dejar de vivir materialmente en el mundo, en este mundo, esas almas puede decirse que moral y espiritualmente viven fuera de él.

Os costará creerlo pero es la manifestación sincera de la verdad. Quien había de pensar que el trato con los pecadores en las funciones del Apostolado sacerdotal, el conocimiento de sus caídas, la experiencia de sus desfallecimientos, ayuda por contraste a darse cuenta de las subi-

das, de las elevaciones, de los vuelos sublimes de las almas? Y sin embargo es así. Sabéis la razón íntima verdadera y profunda de esta aparente paradoja?, es que esos grandes pecadores que buscamos y encontramos en los caminos de nuestro cielo son, permitidme la frase, los talsos místicos, los enloquecidos del mundano amor. Pobrecitos! En fuerza del brillo aparente, de la atracción sugestiva de cualidades personales, que se presentan con toques y matices de exhibición estudiada, los hombres se entregan, se rinden al falso, al triste amor. Aquel entendimiento ya no discurre, lo han fascinado, lo han secuestrado las apariencias y esplendores de la falsa realidad; aquella voluntad no resiste, va perdiendo el hábito de la abnegación, va remitiendo en la intensidad y en el poderío de sus determinaciones, contrae esa enfermedad cspiritual hoy tan en boga, se hace abúlica, es decir no quiere resistir y como no quiere, no puede.

Esta vida del falso amor, estas jornadas de la obscuridad de la mente y de los desfallecimientos del corazón, también llevan aparejada su se-

rie de sacrificios, también tienen a su manera su mortificación y su abnegación. Y cuantas veces en momentos de fatiga, en instantes preciosos de recogimiento espiritual, a la luz de un buen pensamiento, al fulgor de un desengaño saludable, el hombre coteja por una parte el cúmulo de sacrificios que le ha costado descender hasta aquella sentina del vicio, por otra las alturas a que hubiera podido llegar si orientándose a lo divino, hubiera hecho en compañía de Cristo las jornadas de la virtud; y del fondo de estas meditaciones, del amargor de estos remordimientos, sube a los labios aquel gemido que formuló en verso la musa popular:

Un amor que yo tenía  
Tan grande y tan verdadero  
Si lo hubiera puesto en Dios  
De fijo me lleva al cielo

Van las almas caminando por la senda de la virtud tratando con Dios y conforme le tratan, le estudian y le conocen, le aman también. Es un amor lleno de anhelos, erizado de penas y de

temores; temor de perder a Dios, temor de que otros le ofendan.

Y a medida que estos temores santos aumentan se va perdiendo el temor al padecer, el temor al sufrir.

Orar, comulgar, sufrir; son los tres altos jalones de la vida de la santidad. Orar, ponerse diariamente al habla con Dios, estudiar en su vida, meditar en su evangelio, ahondar en su persona, hacerse discípulo asiduo y fiel de la escuela de sus virtudes; comulgar, recibir como un pan fuerte y abreviado, el cuerpo de Jesucristo bajo las especies de pan, nutrirse de su gracia, sentir vigores nuevos y aumentos cotidianos de las energías sobrenaturales de la gracia; sufrir, golpear, desbastar, pulir, modelar el propio ser con sus sentidos y potencias, procurando reproducir en toda la vida el modelo divino del crucificado.

Y cuando está así el alma, un día feliz en la historia de las bondades divinas, sin causa, sin méritos precedentes propiamente tales, se oye una voz desconocida hasta entonces, sorprende

al alma la aparición imaginaria o intelectual o exterior de Cristo como un anticipo de su gloria y a sus pies, el alma comienza un modo de oración alta, fija, luminosa; es como un preludio de la fijeza de la luz de la intuición, de la visión de los bienaventurados.

Estos momentos pasan, esta luz se extingue, son premios, acicates, estímulos para orar, para comulgar mejor, para sufrir con mayor generosidad. El modelo, el ejemplar sublime de esta contemplación es Cristo en el huerto de las olivas; ven a Dios en cuanto ello es dado en la tierra, gozan de Dios y así se preparan para salir al encuentro de los enemigos, recibir el beso de Judas y dejarse maniatar y crucificar por los verdugos.

El efecto íntimo y permanente de esta vida extraordinaria, la característica personal de estas comunicaciones extraordinarias se concreta en un sentimiento de honda y sublime melancolía que invade todo el ser y proyecta como una sombra en las claridades del mundo exterior y es la nostalgia del cielo.

La fórmula de esta vida la expresó gráficamente Teresa de Jesús en aquellos versos.

Vivo sin vivir en mí  
Y tan alta vida espero  
Que muero porque no muero

Estudiémos siguiendo a la Santa los caracteres de esta vida mística.

El alma: la tenemos olvidada preterida y puede decirse que la inconsciencia en lo que se refiere al orden espiritual, es el estado más común y ordinario de los hombres. Por necesidad, por ley ineludible de la existencia tenemos que dedicar al cuerpo horas de sustento, de reposo, de recreo. Pero, de lo necesario pasamos a lo supérfluo, a lo refinado, a lo sensual. Haced un alto en vuestra vida: contad las horas de actividad, los esfuerzos de toda ella: ¿cuántos han sido para el alma?

Y, sin embargo, lo que somos, lo que valemos es por el alma. Si los ojos centellean y en ellos asoma el fulgor de la mirada si el rostro expresa los más variados efectos, si las manos son ins-

trumentos del arte y colaboran en el trabajo de la ciencia se debe al alma. En el orden espiritual, museo de arte, congresos de ciencia, páginas brillantes de la historia, las investigaciones y descubrimientos del sabio, los aciertos e inspiraciones del artista, la fuerza y las energías sobrehumanas del héroe, del alma son y al alma se deben.

Pero el alma es más, puede ser más, Dios quiere a las veces que sea más. «El alma dice Santa Teresa es como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal a donde hay muchos aposentos como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos hermanas no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso, donde dice él tiene sus delicias».

«Consideremos que este castillo tiene como he dicho muchas moradas unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados y en el centro y mitad de todas estas tiene la más principal que es a donde pasan las cosas mucho más secretas entre Dios y el alma».

Desentrañemos esta magnífica concepción de Teresa de Jesús.



Tres cielos, tres firmamentos, tres manifestaciones del poder, de la luz, del amor de Dios. El cielo material, el cielo estrellado, los mundos planetarios; por ese cielo pasó el Verbo, es decir, todas esas grandezas son huellas, vestigios de la divinidad.

El cielo de los bienaventurados donde Dios vive de asiento, como en propio palacio, donde ejercita más su poder, irradia más su luz, comunica más de su amor, donde aquella inteligencia infinita descubriéndose a los bienaventurados sacia y aplaca todas las inquietudes de la mente, donde aquella voluntad infinitamente buena se comunica por modo supremo a las voluntades de los bienaventurados, donde la belleza original hace la felicidad de los corazones. Y finalmente el cielo del alma, del justo que, como dice Santa Teresa, es también y a su modo un paraíso superior al primero, inferior al segundo.

Pónese la Santa a describir el alma en cuanto es teatro, escenario, lugar escogido por Dios para sus manifestaciones sobrenaturales y extraordinarias, y dice que ese cielo interior tiene estas

cualidades. Por razón de su forma, de su aspecto, de su finalidad en esta vida es como un castillo; por razón de la materia, es decir, de la altura y perfección con que Dios la hermosea, es como un diamante, como un espejo de un muy alto y claro cristal. Y finalmente por razón de su disposición interior hay en él muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados y otras en el centro, y la mitad de todas ellas, que es la principal y donde pasan las cosas más recónditas entre Dios y el alma.

El alma de los justos, el alma sobre todo de los santos, es el paraíso en la tierra, lo es meritoriamente, porque en efecto, aquel cielo alto, grande y sublime de los bienaventurados, aquí en el alma con sus esfuerzos, con sus virtudes, con sus méritos, se gana. ¿No llama el militar al campo de batalla el campo del honor y de la gloria? ¿No llama el industrial a sus mecánicos y artificiosos menesteres y ocupaciones y a la actividad desplegada por ellos, su vida y su tesoro? Pues así también podemos decir que meritoriamente nuestro cielo está en nuestra alma.

Pero es también en otra acepción paraíso de Dios el alma de los justos, en un sentido que podemos llamar específico y formal, porque el principio de la vida eterna, el germen de la visión intuitiva de los bienaventurados, está en el alma y es como su forma de orden superior, como una segunda naturaleza, como un principio de nuevas operaciones, como una participación de la divinidad y es la gracia.

Y puede también decirse que el alma de los justos es el paraíso de Dios en la tierra, porque es una anticipación del verdadero cielo, en cuanto que la única felicidad relativa aquí posible, el único trasunto de la bienaventuranza que aquí puede darse, en el alma está y consiste en la paz interior, en la paz en el dolor y en los sabores y gustos con que Dios regala en el alma a sus escogidos.

Este paraíso relativo de Dios en la tierra lo concibe la Santa castellana en forma de castillo y es acabada comparación.

El castillo indica primero la realeza del alma. Los castillos o eran del rey o de los servidores

del rey que para él los conservaban: así es el alma.

Al rey la hacienda y la vida  
se ha de dar pero el honor  
es patrimonio del alma  
y el alma solo es de Dios.

Los castillos eran lugares estratégicos, avances fronterizos en puntos dominantes, en la clave de las llanuras, a la cabeza de los puentes. Así es, el alma, lugar estratégico desde cuya altura se vé a Dios se contempla al mundo y ahondamos en el conocimiento de nosotros mismos.

Los castillos eran lugar de combate con garantías y seguridades para la defensa, así es el alma, Dios la cerca con el muro de la libertad: Dios la blinda y la asegura con la gracia: desde el alma se defiende el honor, la fidelidad, todo lo más grande de la vida, y desde el alma se conquista la vida eterna.

La materia de que está labrada este castillo, este paraíso del alma es, dice Santa Teresa, toda de un diamante, toda de uno, de uno solo, para

indicar la simplicidad del alma y toda como un espejo para reflejar su alteza espiritual.

Lo que parece más difícil de ser entendido es lo que añade la Santa acerca de la disposición interior de este castillo y de este paraíso porque ¿cómo si es simple el alma puede haber en ella diversas partes que constituya otras tantas moradas? Es que el alma aunque simple en sí misma es por su valor virtualmente, equivalentemente múltiple, es que estas moradas son para explicar-nos a nuestra manera cosas tan altas, como diversas capacidades y potencialidades del espíritu, a las cuales puede llegar Dios con su omnipotencia, son como sectores especiales de operaciones divinas. Las cuerdas de un violín según las toquéis más arriba o más abajo, según las hagáis vibrar con el arco en manos de un músico vulgar o de un gran artista así darán diferentes sonidos.

Hay moradas en lo alto en el orden intelectual que si se refiere sólo a lo natural producirá las lumbreras del genio y si se añaden las energías de lo sobrenatural aparecerán las almas iluminadas e iluminadoras del mundo.

Hay moradas en lo bajo en el orden volitivo en lo que se refiere a la voluntad cuyos ejemplares perfectos en lo natural son los héroes y en lo sobrenatural los mártires.

Hay moradas a los lados y en ellos va Dios operando con sus almas escogidas ese gran poder de abstracción de esos sublimes distraídos de la vida, que sin faltar a sus deberes sociales, llevan siempre en todos sus actos como un sello de distracción y de tristeza, el reflejo incoercible de sus mentes fijas en Dios y de sus corazones heridos por la nostalgia del cielo.

En el centro del alma está el altar de las oraciones más fervorosas, de los sacrificios más amorosos de los santos, la mesa de los más regalados banquetes con que la divinidad les sustenta y obsequia y el lecho de las nupcias y desposorios de las almas y el cielo anticipado de la gloria verdadera.

---

## SEXTA CONFERENCIA

---

*Vivo ego jam non ego vivit  
vero in meo Christus (Ad Ga-  
lat 2-20).*

### **El Camino de la Perfección**

El camino que recorrió Teresa para llegar a esa morada interior, la más capaz, la más íntima, la de los secretos más recónditos de la divinidad, con sus escogidos, lo indica la misma Santa y en comentar esas palabras voy a ocuparme hoy con vosotros.

Para que en nuestro corazón arda únicamente la llama del amor divino, de ese fuego que comenzando a encenderse acá en la tierra, llega a su más alto punto de perfección, en el cielo, es necesario que arrojemos antes de nosotros la vileza

del pecado enemigo irreconciliable de Jesús y la escoria del amor propio que debilita y aun a las veces apaga el abrazado incendio del amor puro de Dios y para unirnos del todo con Jesús es preciso que primero salgamos de nosotros mismos. «Huid de todo pecado, desembarzáos de las cosas de la tierra y acabad por la inmolación total de vosotros mismos». Este camino y con estas palabras señala la mística doctora para llegar a las moradas del puro amor. Este camino siguió ella misma para unirse con su amado Jesús.

Y en cuanto a lo primero de huir de todo pecado: la estola que recibiera inmaculada en el bautismo la llevo inmaculada hasta el sepulcro. «En ninguna manera son sus palabras sufriera andar en pecado mortal si yo entendiese». Y como lo dijo así lo cumplió. Leed sino lo que escriben sus confesores entre ellos el sabio P. Rivera de la Compañía y el insigne Obispo de Tarazona, F. Diego de Yepes. «Jamás, afirma este último, se arrojó a pecado conocidamente mortal ni se arrojaría por cuantas cosas el mundo tiene, como lo sé yo muy bien, pues la confesé gene-



ralmente». Añadid ahora si queréis a estos irrefragables testimonios el de las relaciones del tribunal de la Rota y el más autorizado aún del mismo Pontífice Gregorio XV que la puso en el catálogo de los Santos y os convenceréis fácilmente de la verdad de mi aserto.

Mas para alcanzar victoria contra un fuerte y valeroso adversario que intenta apoderarse de una ciudad, no basta evitar que nos sorprenda en sus asaltos y nos destruya completamente: de ninguna manera. Es menester, además, empuñar las armas, salir al campo y desalojarle palmo a palmo de los parapetos donde tiene apostada su gente y dispuestas sus baterías.

«Desembarazáos de las cosas de la tierra», escribe en segundo lugar la mística abulense; y anhelando desembarazarse de ellas, Teresa de Cepeda, a los veinte años de edad abandona sin decir nada el hogar paterno, deja para siempre las prendas queridas de la familia y se retira al monasterio de la Encarnación. Que el amor propio se resiste, que cada hueso parece se aparta del cuerpo: «no importa, aquí me dió

ánimo contra mí de manera que lo puse por obra». Olvidóse como dice el Profeta de su casa y parentela y sólo cuando la mano del Señor postró en el lecho de muerte a su padre acudió a él para cerrarle los ojos y asistirle espiritualmente en aquella última enfermedad.

No; ya no le quedaba en el mundo en quien pudiera poner su corazón y sus efectos, porque si bien es verdad que aun en la religión tuvo por cierto tiempo amistad con algunas personas y de ello se acusa amargamente en su vida, no lo es menos que siempre esas relaciones fueron buenas y como atestigua ella misma por agradecimiento. Sin embargo, apenas por aviso del P. Alvarez, acudió a la oración pidiendo al Señor le diese luz de aquello que era lo mejor y le ayudase a contentarle en todo, cuando apareciéndole este celestial Maestro. «No quiero la dijo, que tengas más conversación con los hombres sino con los Angeles». Tan pura y tan desasida de todo lo terreno deseaba el Señor a su predilecta sierva.

El ave aprisionada en la red no puede volar

libremente; por eso el alma de Teresa quiso desasirse de los lazos de este mundo para poder así volar ligera a los agujeros de la piedra que es Cristo y morar allí a solas para siempre con tan dulce amado.

«Nunca, escribe la virgen del Carmelo, nunca confesé culpa en esta materia», habla de la afición a las riquezas. Aun era niña y ya su amoroso corazón se regalaba en repartir limosnas de lo que podía a pobres y necesitados. Y dentro de los muros de la religión, donde la propiedad particular es pecado y donde la pobreza obliga con fuerza de voto, deseaba y procuraba para sí lo peor de casa. Vieraisla esperando con ansia el momento en que alguna de sus hermanas se deshiciera de algún vestido o prenda de su uso como inútil y despreciable, para tomarla con mil amores como quien anhelaba únicamente mortificar su amor propio, venciendo la natural inclinación que sentía al aseo y a la curiosidad. Con qué alegría tomaba el pobre y necesario sustento, viendo que aun para aquello poco de que se servía, le era menester trabajar con sus propias

manos! Pues si a veces carecía aún de lo preciso, si aun las tablas y la paja donde tomar el preciso descanso llegaban a faltarle, no por eso se turbaba su corazón antes por el contrario son sus palabras «me da más pena cuando mucho sobra que cuando nos falta».

Y notadlo bien, al desasirse de los bienes de este mundo, al odiarlos como peste, se despidió para siempre de los puestos de lucimiento, de las ocupaciones brillantes, en una palabra, de todas esas honras vanas que como estela fugaz dejan tras de sí las riquezas de la tierra. Ser esclava de todas, he ahí la honra que ambicionaba Teresa. ¿No la encontráis en oración delante de Dios? Es porque está barriendo, fregando, preparando la comida para sus hermanas ¡Oh, si hablaran las paredes de su celda y como nos dirían que la vieron muchas veces levantarse antes que todas en la comunidad, coger una espuesta e ir por todas las oficinas y lugares más bajos de la casa recogiendo la basura. Y todo por vencer su amor propio que naturalmente repugnaba esas ocupaciones. Todo por desembarazarse de

las cosas de la tierra y entregarse completamente a su único amado Jesucristo.

\*

Grande empresa por cierto la de apartar el corazón de ese mundo interior que nos rodea por todas partes, la de no inficionarse con esas pestilenciales áuras que nos vemos casi obligados a respirar; sin embargo, quien lo creyera! hay todavía otro mundo más terrible y de cuya atracción e influencia logran pocos sustraerse. «Acabad por la total inmolación de vosotros mismos». Es la tercera consigna de Santa Teresa en esta lucha con el amor propio, para poder exclamar con el Apóstol. Vivo antem jam non ego, no basta desembarazarse de las cosas de la tierra; es preciso además renunciar a lo que se halla dentro de nosotros, a los goces del cuerpo y del alma desordenados.

Y en cuanto a lo primero, ¿qué hizo nuestra Santa? No conservó el precioso tesoro de la castidad todos los días de su vida, llegando a no sentir las tentaciones molestas de la carne, más

que si no estuviera vestida de ella, hasta hallarse completamente atajada e inhábil para dar consejo en esta materia?

Quién será capaz de descubrir en Teresa rastro del amor propio. ¿No es ella quien por que no la tuviesen en opinión de Santa rogó al Señor le quitara los arrobamientos en público, llegando a fuerza de lágrimas y oraciones a impetrar por fin esta gracia tan deseada? ¿No es ella quien no sufriendo el concepto y estimación de que su virtud hacia las monjas de la Encarnación de Avila, trató con grandes veras de irse a otra casa, la más remota y apartada de su orden y aun lo llegara a poner por obra, si no se lo impidieran sus confesores? ¿No deseaba ardientemente y aun lo pedía a sus directores de espíritu que publicasen todos sus pecados por amor del Señor? «Porque no engañe más al mundo que piensan hay en mí algún bien». ¿No salía más de una vez en medio del asombro universal que causaba en todos los que conocían su virtud y santidad, a confesar públicamente sus defectos, procurando que todos llegaran a for-

mar aquel bajo concepto que de sí misma tenía? Hasta llegó a convencerse de que no merecía el hábito de religiosa y esto tan de veras que durante algunos días estuvo en traje de seglar, recibiendo después la toca como simple novicia de manos del superior, para que echasen todos de ver como entonces empezaba a ser religiosa. ¿Qué extraño tiene ya para nosotros verla sufrir sin queja alguna, con gran alegría, las más vergonzosas y denigrantes calumnias? Teresa ya no tenía nada con el mundo: vivía en él, pero separada de él «Vivo autem, jam non ego». Vivo, pero no yo. Y como la paloma de Noé, por no haber podido posar en los cadáveres que cubrían la tierra después del diluvio, tuvo que volver al arca, así también Teresa no hallando reposo en las cosas de este mundo, que es tierra de muertos, apresuróse a esconderse en aquel arca divina del Corazón de Jesús para unirse completamente con él.

¡Y cuán estrechamente se unió! Allí vivía siempre con su pensamiento. «Acaeciame—dice— en esta representación que hacía de ponerme

cabe Cristo y aun algunas veces leyendo, venir-me a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en él. Por eso cuanto hacía—añade—procuraba fuese de suerte que no descontentase al que claramente veía y estaba por testigo». A Cristo miraba presente al levantarse por la mañana, en Cristo pensaba durante sus diarias ocupaciones; para Cristo deseaba vivir, ocupada siempre en lo que fuese de su divino agrado.

Y siendo esto así no había de costarle muchísimo, como ella misma confiesa, el acudir aun a las precisas necesidades y negocios de la vida, si todas sus ansias, si su comida, su descanso, su trato y conversación los ponía en pensar y en amar a Jesucristo? Al amante apasionado no le habléis de otra cosa más que del objeto de sus deseos: con él se querrá estar todo el tiempo posible, para manifestarle más a las claras su acendrado cariño y escuchar en retorno dulces palabras de amistad.

Imaginad, un corazón de esos que llaman



grandes: un corazón de los que abundaban tanto en el siglo xvi, noble en sus aspiraciones, agradecido a los beneficios, generoso en sus empresas, constante en los trabajos; purificad ese corazón de todas las miserias del mundo, sustraedlo de la tierra, pero sin que pierda por eso su vigor y su grandeza para amar: ponedlo bajo la influencia de un entendimiento claro y poderoso: acumulad en ese corazón los tesoros de la gracia divina y sobre todo esto colocadlo enfrente de su Dios a quien conoce con luz clarísima y sobrenatural y decidme luego el incendio de amor que estallará en él hacia su Dios. Pues ahí tenéis, algo, nada más que algo de lo que sería Teresa de Jesús en la oración, cuando ora por modo de visión imaginaria ora de visión intelectual contemplaba, como tantas veces sucedía, a los santos del cielo, a la Reina de todos ellos María Santísima y sobre todo a Jesucristo N. S. de cuya apacible y consoladora presencia gozó diariamente por más de tres años.

Cómo crecería el fuego del divino amor en aquella virgen extraordinaria que mereció que

un serafín del cielo le traspasara el corazón con un dardo de fuego dejándosele todo abrasado en la caridad de Dios! Y cuando esta alma así encendida en el amor de Jesús, llegara a unírsele en el Sacramento de la Eucaristía; cuando le tuviera real y verdaderamente dentro de su mismo pecho y ésto con vivísima y ardiente fe: no es verdad que estallarí, por decirlo así, de puro gozo y amor? «Viéntenme—escribe la Santa—unas ansias de comulgar tan grandes que no sé si podría encarecer: aunque me pusieran lanzas a los pechos me parece entrara por ellas, con tal de comulgar».

Preparada con estos afectos con tanta fe como si viera con los ojos corporales entrar al Señor por las puertas de su alma, acercábase como la Magdalena del Evangelio para estar a los pies de su divino Maestro y besarlos y regarlos con sus lágrimas amorosas. Allí eran las hablas interiores, allí los regaladísimos éxtasis, la revelación de altísimos secretos: hasta llegar a gustar un día de Ramos la preciosa y divina sangre de Cristo: hasta llega una vez este amante Salvador

en la comunión a darle su mano derecha, diciéndole al mismo tiempo estas regaladísimas palabras: «De aquí adelante no sólo como de Criador y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra será tuya y la tuya mía». ¿No podía ya exclamar con el apóstol *Vivit vero in me Christus?* Solo reina en mí el amor de Cristo que me tiene por completo avasallada?

Y así como el fuego cuando embiste con su calor al agua, la hace perder su natural y ordinaria frialdad, de tal manera que convertida en tenue y sutil vapor sube con grande impetu a los espacios, así también el fuego del amor divino hería con tanta violencia el corazón de Teresa y causaba en ella unos impetus de Dios y deseos de verle tan excesivos, que como ella misma confiesa casi le quitaban los pulsos y la ponían a la puerta de la muerte. No; ya no podía vivir la Virgen del Carmelo sino con Jesús o como Jesús; «o morir o padecer», he aquí las palabras que tenía frecuentemente en la boca y en el corazón. Como, ¿no está en mi mano el poderme

librar de las ataduras de este cuerpo para unirme completamente con mi amado? Pues mientras llegue ese deseado instante, grábese en mi cuerpo y en todo mi ser la imagen viva de Aquella quien amo, sin el cual no puedo vivir; vengan Señor sobre mí las enfermedades, asáltenme en tropel las tribulaciones que para nada es buena esta vida sino para padecer «Vivat vero in me Christus»; esto es, no sea yo más que como una estampa y como retablo de Cristo dolorido «Christo confixus sum cruci».

La veis postrada en el lecho como ella misma se describe, con el cuerpo peor que muerto que solo los huesos tenía, tullida casi tres años, a veces con horribles dolores de corazón que parecía con dientes agudos se lo desgarraban, la lengua hecha pedazos de mordida, sin poder menear ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, toda encogida hecha un ovillo, padeciendo diariamente terribles vómitos más de veinte años, toda la vida en fin con muchos dolores en especial el de corazón, de tal manera que en opinión de todos los médicos fueron aquellos los mayores sufri-

mientos que se pueden tolerar en esta vida? Pues bien oid sus palabras «de estos males se me da ya tan poco, que muchas veces me huelgo pareciéndome, en algo se sirve al Señor». Pero «flumina omnia intrans in mare et mare non redundat», os diré con el Eclesiástico; para el amor de Teresa no bastan las enfermedades que ella misma pide al Señor, sino que hambrienta de más padecer, ciñe su inocente cuerpo de cilicios y cadenas asperísimos, esgrime su brazo contra sí misma y martiriza su cuerpo con sangrientas disciplinas. Más aun esto es poco. Y vienen de nuevo sobre aquel corazón las olas de la amargura, pero de esa amargura profunda con que a veces place al Señor probar a sus regalados siervos; penas, que como escribe la Santa no las creará sino quien por ellas hubiera pasado; desolaciones tan espantosas que a veces le quitaban todo el pulso, le dejaban yertas las manos y el cuerpo mismo descoyuntado y como muerto; añadid ahora que a veces por permisión divina no hallaba en tan apurados trances ayuda y consuelo de parte de sus confesores, y

sabreis algo de lo que padeció Teresa, os formaréis una idea siquiera inexacta de aquel amor puro, de aquel amor ardiente, de aquel amor probado de la seráfica virgen del carmelo.

Más qué digo si aun no habéis contemplado el amor de Teresa en una de sus más prodigiosas manifestaciones. Si; aunque os parezca que es imposible darse mayor perfección de amor, la encontraréis sin embargo en la seráfica virgen avilesa. Porque así como en un gran incendio cuando parece que el fuego ha subido a su más alto punto, vemos de pronto con admiración que saliendo de los límites donde se encierra se extiende por otro lado con rapidez hallando nuevo combustible a su insaciable voracidad, así también Teresa no contenta con ser toda de Jesús, hasta obligarse con voto a procurar siempre lo más perfecto aunque fuera a costa de su descanso y de su vida, negando todos sus gustos por hacer siempre el divino beneplácito, quiso también además consumir a los otros en las llamas de aquel incendiado amor que dulcemente la consumían. Y al encomiar este amor de Teresa para

con el prójimo no voy a recordaros aquella heroica disposición de ánimo en que se hallaba de dar mil vidas por la salvación de un alma; no voy a hablaros de las conversiones admirables que en multitud de personas hizo con su trato y conversación, reduciendo a públicos y escandalosos pecadores al sendero de la penitencia y de la mortificación. Solo quiero indicar aquella gran obra de la gloria de Dios, aquella gran obra del amor de Teresa, es decir la reforma.

Y digo obra del amor de Teresa; porque ¿qué otra cosa sino el amor vehemente que a Dios profesaba y al prójimo por Dios, pudo impelela con irresistible violencia a una empresa semejante? No dice ella misma, que la consideración de los estragos hechos en la Iglesia por los herejes y la tibieza de los católicos inactivos en la defensa de Dios, la puso en un estado congojoso y violento sin que ni la herida abierta por el serafin, ni el voto de obrar lo más perfecto, satisficiesen a su amor mientras no consiguiese, convertida en Apostol, atraer a muchos otros para mayor perfección, reducir a los herejes,

salvar a los pecadores, contribuyendo a este modo a la gloria de Jesucristo a quien amaba con todo su corazón y con toda su alma.

Y aunque ella no nos lo hubiera dejado escrito, quién sino el amor de Dios, obrador de maravillas, pudo triunfar de tantas dificultades como para llevar a cabo esta empresa se ofrecían. Qué parte podía ser para ello mirando las cosas con ojos humanos una monja desconocida, en el mundo, sola, sin letras, acabada por los achaques y sin apoyo alguno. ¿Pues y la grandeza del negocio? Obtener el permiso para la reforma, vencer la apatía de unos, la oposición de otros, las hablillas y murmuraciones de los que extrañados con la novedad del caso hasta quisieron llevarlo a la Santa Inquisición y sobre todo esto emprender el arduo trabajo de la fundación de nuevas casas. ¡Y sin embargo de todo salió airoso el amor de Teresa!

Vióse entonces a una mujer sola y enferma, andar peregrinando de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, con fríos, con aguas, con terribles calores; vióselas con inmutable serenidad



de ánimo acudir a prelados, escribir a reyes, vencer con su prudencia serias dificultades y sin que la falta de recursos materiales le arredrase, fundar hasta diez y siete conventos estableciendo en todos ellos el fervor y la disciplina más admirable.

Tal fué Santa Teresa de Jesús; no os parece que a la hora de la muerte cuando su inflamado espíritu iba a volar a Dios pudo muy bien exclamar, con el Apostol. Vivo auten jam non ego vivit vero in me Christus. Ya no vivo yo porque ayudado de vuestra gracia he vencido el pecado; porque arrojando de mi corazón el amor propio he muerto del todo a mi misma. Vivit vero in me Christus. Cristo es el que vive en mi. Cristo vive en mi pensamiento, Cristo en mis deseos, Cristo en mis trabajos y padecimientos, Cristo en todos los que he podido atraer al yugo santo del amor divino.

Oh santa Madre Teresa de Jesús que gozaste en vida y poseeis ahora para siempre las dulzuras inefables del amor divino; tu que hallastes en la mortificación del amor propio consuelos des-

conocidos al mundo pecador; tu que encontraste siempre en Jesús el remunerador larguísimo de todos los sacrificios; tu que ves ahora en premio del ardiente celo que en tu vida te consumía, estendida por el mundo la gran familia del Carmelo, esparciendo por doquiera el perfume de santidad que como en herencia le dejastes; vuelve hacia nosotros tus miradas, eleva a Dios una súplica por nosotros para que aprendamos de una vez a entregarnos por completo a Jesús y puesto que tanto se aflige tu corazón a vista de los males de la Iglesia, apiádate también de nuestra desgracia al ver que los enemigos de Jesús se enva-lentonan, mientras muchos católicos ceden cobardemente; intercede por nosotros en el divino acatamiento y haz que un día celebremos contigo eternamente las divinas alabanzas. Amén.

---

## SEPTIMA CONFERENCIA

---

*Mementote mirabilia ejus  
quae fecit. (Ps. 104).*

### La mujer teresiana.

Todas las tendencias sanas y razonables de mejora de la mujer, hallan en el dogma y en la historia del catolicismo, la mas completa garantía de apoyo y el mas fervoroso estímulo de aliento. Como que la religión de Cristo, es la religión de la mujer emparentada con la divinidad, de la mujer seleccionada por Dios para corredentora del linaje humano: en esa mujer aquilata el Señor las exquisiteces de su predilección en tesoros de naturaleza y de gracia; a esa mujer la levanta hasta las cimas del ideal y des-

de aquellas eminencias irradia la mujer predestinada de la redención, la mujer orlada con la triple corona de la virginidad, de la maternidad y del martirio, los fulgores de lo sobrenatural en términos que solo los supera el mismo Dios.

Después de la Virgen por excelencia, la virgenmadre, han florecido en la historia de la Iglesia otras mujeres que siguiendo las huellas de la mujer ideal y apoyándose en su protección han reproducido en su vida, hasta cierto punto, el modelo de la perfección cristiana. No hay duda de que una de esas mujeres que pueden ponerse por modelo del sexo femenino, es la virgen de Avila, Santa Teresa de Jesús.

\*

Así lo han entendido las congregaciones Teresianas que hacen del culto y de la devoción a la Santa, estudio especial, para cultivar en la mujer católica y con especialidad en las jóvenes, las virtudes que ennoblecen el espíritu femenino.

Teresa de Cepeda y de Ahumada es, aun en las dotes naturales, en la perspicacia del inge-

nio, en la dulzura de los modales, en el agrado de la persona, en el atractivo del rostro y de todo el continente, una mujer superior.

En el hogar, donde nació, recibió educación cristiana de sus padres; heredó la tradición de la honradez, del pudor y del carácter español noble y ardiente, religioso y dispuesto hasta el martirio.

Aquella niña de pocos años que en compañía de un hermanito suyo, intenta, avida de la gloria de dar la sangre por Cristo, dejar la tierra natal y aportar a las costas africanas, es un ideal de sentimientos nobles, una prueba de la tradición del hogar castellano y un argumento perentorio de las excelentes disposiciones que en la niña de Avila, iba a encontrar la gracia, para perfeccionar la naturaleza.

Qué contraste entre esa niña que en las penunbras de la razón, en los albores del sentimiento consciente, en el abrir de las puertas del corazón, dirige la proa de sus pensamientos hacia el martirio y esas otras niñas que en la precocidad de la pasión, desarrollada en ambiente

casero de frivolidad y de descuido religioso, apuntan descocados atrevimientos y demuestran un inverosímil conocimiento, de las intrigas del vicio infantil.

La actividad orientadora de la vida, la gran obra de Teresa de Jesús, no fue otra que la de encauzar sus amores y entregarse en las manos de Dios, para colaborar como instrumento apto con El, en las empresas providenciales a que la tenía predestinada.

En mayor o menor escala, esa es también la ejemplaridad que debéis estudiar e imitar en la Santa Carmelitana. Aun cuando os parezca que vuestra importancia social es nula, que en el reparto de los bienes de fortuna y de las cualidades personales, os ha cabido un puesto muy secundario, yo os aseguro que si llegáis a entrar con vuestra obediencia y puntualidad a los divinos llamamientos, en la senda de los altos destinos, realizaréis cosas grandes en fuerza de vuestra misma humildad.

Enfocada a la luz de los humanos criterios que sólo atienden a lo que brilla y no penetran

en la intimidad de las conciencias, quien hubiera dicho que aquella pobre monja, continuamente enferma, sería capaz de llevar a cabo empresas de trascendencia social como la de la Reforma, donde las dificultades arredraban a los más varoniles espíritus y sólo no podían detener en su marcha, al que sentía que lo impulsaba el aliento del Señor.

Suele ser objeción que hacen los mundanos a las personas piadosas, la de echarles en cara la ineficacia de su piedad, como dando a entender que todas aquellas oraciones largas y profundas meditaciones y prolongados retiros, a nada conducen y para nada sirven y solo tienen su justificación en la inercia y pasividad de esas almas ociosas e inútiles.

Ved ahora si quedan refutadas esas objeciones con la vida y la santidad de Teresa.

No hay en el mundo actividad más alta, más sublime, más útil que la de los verdaderos contemplativos. Mientras la generalidad de los hombres, no atiende mas que a la vida de los sentidos, y no desarrolla mas que las energías de la

pasión, y así en todas partes solo se oyen voces y gritos descompasados de envidia, de ira, de sensualidad, en las celdas de los claustros carmelitanos, hay una mujer, distinguida, noble, atrayente, pura, que iniciada en los secretos de las hablas divinas, conocedora de los caminos interiores que en el castillo del alma conducen a la morada principal, ora, medita, contempla, trata con Dios en un modo y forma de intimidad, que es honra y prez del linaje humano, al que el cielo concede favores y prerrogativas tales.

Qué parecería la tierra desde el cielo, si sólo llegaran a él los ecos de las zambras y algaradas en que bullen y se manifiestan los bajos instintos de la pasión. Pero afortunadamente, la Iglesia de Cristo esparcida por el mundo tiene organizadas sus plegarias litúrgicas, sus actos de culto, sus ceremonias religiosas; en los coros de las catedrales y en los de los conventos y abadías, surge la salmodia sacra llena de poesía, unida en afectos purísimos, y como una brisa purificadora del general ambiente, llega a los oídos de Dios.



También vosotras, hijas y devotas de Santa Teresa, tenéis dada por el cielo, la misión de desagraviar a la divina justicia, irritada por los pecados de los hombres, con la actuación frecuente y fervorosa de vuestra piedad.

Una joven, una mujer piadosa, es la honra del hogar, y una esperanza para la sociedad. En esa piedad sólida, en esas prácticas sinceras del culto y de la devoción, se fundamentarán las virtudes que mañana serán dote de espiritual valía en las futuras madres de los nuevos hogares, y prenda de abnegaciones y servicios benéficos y útiles en todos los estados de la vida social.

La contemplación, aunque parezca inerte y pasiva, no lo es: las grandes actividades del apostolado de la Iglesia, las grandes empresas que han cambiado la faz del mundo, en el desarrollo de los designios providenciales de Dios sobre los hombres, han tenido siempre su origen oculto, su fuerza secreta, su impulso íntimo, en la oración, en la meditación, en la unión con Dios de los contemplativos.

La actividad incansable de la Santa monja de

Avila, sus recursos inagotables en las fundaciones, aquel empuje incontrastable en las adversidades, el ánimo mayor que el mundo, que se desbordaba en el tesón invencible con que a todo hacía frente; el espíritu avasallador que se imponía con suavidad más eficaz que todas las fortalezas del humano carácter, todo esto tan grande, tan asombroso, tan sobrehumano, procedía de aquellas aparentes inercias y pasividades de la contemplación.

Así os sucederá a vosotras, devotas Teresianas; en estos actos de vuestra congregación, en estas humildades de vuestra piedad, hallaréis fuerza y estímulo para los mayores esfuerzos y para los trances más difíciles de la vida.

Hoy el sector de la acción femenina se ensancha cada vez más; vosotras estáis llamadas a mantener en vuestros hogares el sacro fuego de la piedad familiar; con el ejemplo de vuestras acciones informadas de ese espíritu, debéis preceder a vuestros hermanos y a veces también,—triste es decirlo— a vuestros padres, en el ejercicio de lo que constituye la virtud de la religión.

Vuestra intervención en los asuntos civiles, que ahora parece un postulado de las modernas reivindicaciones de la mujer, no será útil ni deseable, mientras no aportéis en vuestro concurso de ciudadanía, los factores espirituales de vuestra piedad. Si la obra de la mujer contemporánea se ha de reducir a engrosar las filas de un sufragismo corrompido y a tomar parte en el pugilato de las ambiciones desatadas de la baja política, no vale la pena de que se haga un recuento de vuestras fuerzas y un ensayo del ejercicio de ellas en la lucha social.

No es eso, lo que hace falta, es vuestra honradez, vuestro pudor, vuestra tradición familiar cristiana, es vuestro amor al hogar, vuestro acendrado patriotismo con lo que cuentan por lo visto los que muestran incoercibles premuras por la implantación de un feminismo social.

Y aun para esto, encontraréis en vuestra Santa ejemplos y estímulos de la más alta eficacia y sublimidad. En esta hora de crisis del patriotismo cuando los más favorecidos por la tutela de España, la Patria única, provocan conflictos de

orden interior y pretenden desgarrar la túnica inconsutil de la integridad territorial, vosotras mujeres españolas, debéis invocar sobre nuestros Reyes y sobre el pueblo, la protección de aquella Santa, que en las alturas de la Monarquía encontró apoyo para sus empresas y en su espíritu español y acendrado de quilates de amor patrio, halló en la pérdida de sus hermanos muertos en América en los campos de batalla, el consuelo de pensar y la ternura de sentir, que más que soldados eran mártires y con su muerte honraban a los suyos y les dejaban nuevos timbres de nobleza y de hidalguía.

Que en estas congregaciones teresianas, se calde vuestro espíritu y si llega la hora de avivar el sentimiento nacional, sepan todos que vosotras tomándolas del corazón transverberado de la Santa castellana, llevaréis por todas partes brasas de religión y carbones rusientes de patrio amor, con que llamée y suba en los espacios, la hoguera del patriotismo español.

---

## OCTAVA CONFERENCIA (1).

---

*Dominus Deus vester in  
medio vestri est et pro vobis  
contra adversarios dimicabit  
ut eruat vos de periculo.*

Deut XX-L

*El Señor vuestro Dios en  
medio de vosotros está y pe-  
leará por vosotros contra los  
enemigos para libraros del  
peligro.*

### **Santa Teresa Patrona de la Intendencia Militar española.**

Serenísimo Señor: (2).

Parece que acaba de soldarse la rota cadena de tradiciones caballerescas y cristianas, algunos de cuyos eslabones yacían en el suelo del olvido, tocados tal vez de la herrumbre del desprecio; diríase que una voz como de conjuro con dejes e inflexiones de mandato a la vez, ha con-

---

(1) Pronunciada en la S. I. Catedral de Avila

(2) S. A. R. el Infante D. Carlos

gregado en esta catedral magnífica, casa de paz en su interior, baluarte y fortaleza en el contorno de sus muros exteriores, a los Generales, Jefes y Oficiales, Profesores y alumnos, y representaciones de todo el cuerpo dignísimo de Intendencia militar en gala y atavios de elegancia, con disposición de ánimo y sentimientos de interior espíritu, que a no ver tan de cerca y conocer a las personas, creeríamos asistir a la soñada reproducción de cuadros de festival histórico, de lejanos tiempos, que tuvieron en esta ciudad de Avila su marco más propio y su escenario más espléndido.

Rumor de cabalgatas y ecos de vítores y músicas turban otra vez la quietud apacible del valle de Ambles; enviados de regia estirpe que traen en sus personas y embajadas prendas de la real benevolencia y augurios de la predilección de los Alfonsos, se acercan al recinto almenado de la ciudad que fué siempre Avila de los leales y del Rey, refugio de augustas orfandades, baluarte de los defensores de la corona y sosten incommovible de los derechos de la española mo-

narquía. Prelados de la Iglesia y próceres del reino, nobleza y pueblo, las clases todas de la sociedad en sus individualidades más salientes y más lucidas comisiones, se agrupan como un cortejo del trono, a compartir con el Ejército que es su defensa y con el pueblo que debe ser su familia, horas solemnes de fervor sagrado junto al altar y de emoción patriótica a la sombra de la Bandera.

Y en el centro de este cuadro de luz, en lo más alto y significativa de estas cumbres del simbolismo cívico y religioso, sorprenden nuestros ojos la imagen venerada de *la Santa*, que entre esplendores nativos de un Patronato espiritual que hoy comienza para el Cuerpo y tropas de Intendencia, recibe en este templo agasajos de piedad filial y plegarias y votos de fe religiosa.

\*

La santa castellana que heredó con la sangre nobleza de estirpe y delicadezas de lealtad abnegada al deber, que recibió sobreañadidos del cielo dones y gracias a pocos como a ella con-

cedidos; cuya inteligencia perspicaz y serena, atravesaron rasgos de ilustración sobrenatural extraordinaria en las intuiciones de la mística, cuya voluntad fué recámara y templo donde Dios bajaba para encender en la sustancia del espíritu, brasas de amor como el de los serafines; la Santa de Avila, la del convento de Gracia, la de la Encarnación, la de las Madres, la de las fundaciones maravillosas, la de la reforma perfecta del Carmelo, la de las virtudes grandes y apacibles, la del corazón encantador en lo humano y transverberado a lo divino, la que escribe como habla y en cuyos labios la lengua popular de Castilla se convierte en instrumento docil y apto, flexible y ajustadísimo para revelar al mundo como un nuevo Evangelio, la doctrina y la historia de las comunicaciones altísimas que Dios tiene y usa con las almas escogidas; en una palabra la santa Madre, Teresa de Jesús, se os entra hoy por vuestras puertas, toma posesión de vuestra Academia y allá en el cielo donde os está contemplando, siente,—pienso yo,—en las entrañas de su endiosada alma, unos como ardores



nuevos y golpes divinos de espiritual maternidad en que os recibe y del amor fecundo con que ya para siempre os cobija y os tutela.

Diríase que abandonando por unos instantes el trono de sus méritos y de su éxtasis eterno de la bienaventuranza, rasgando los aires y dejando al pasar por ellos aroma de azucenas y fulgor de supernas claridades, Santa Teresa viene hoy llamada por vosotros, para una nueva fundación de una casa y de una familia, donde si los caballeros no son monjes, por lo menos los uniformes ciñen como los hábitos y el juramento obliga ante Dios como los votos y hay rigores de disciplina y requerimientos de obediencia y para ajustarse a lo que de consuno demandan y exigen prestigios de corporación y tradiciones de la nobilísima profesión de las armas, no pueden faltar estímulos de amor, ofrendas de sacrificio y blancuras inmaculadas de lealtad caballeresca y cristiana.

\*

Ya véis, Señores como el asunto se impone y el tema surge incoercible de la plenitud obje-

tiva del grandioso acontecimiento que hoy aquí a todos nos congrega y nos retiene.

Porque es así; que «al ahondar en la significación y circunstancias de este Patronato espiritual de Sta. Teresa sobre el Cuerpo dignísimo de Intendencia, la razón descubre y aprueba las conveniencias del acuerdo colectivo y espontáneo de estos caballeros militares y el corazón se conmueve como si una nueva fundación de la Santa Madre desplegara ante nosotros sus misterios y sus esperanzas».

Y aun siendo yo el orador de este tema y el intérprete de este sublime sentimiento que a todos os embarga, espero en Dios por su gracia y en vosotros por vuestra benevolencia, que en el ambiente cálido de esta solemnidad inusitada y magnífica y en el fulgor de esos ojos de Teresa que hoy tienen para vosotros colectivamente considerados, sus primeras miradas maternas, he de iluminar la oscuridad y caldear la tibieza de mi pobre palabra.

Dios me lo conceda.

El ejército como todas las humanas instituciones está sujeto a una como ley invariable y universal de evolución y desarrollo orgánicos.

Masas informes de hombres, multitudes en que la fuerza y el valor personal lo eran casi todo, van poco a poco perfilándose y adaptándose a la forma de institutos armados—siquiera sea con carácter transitorio en cuanto al tiempo y regional en cuanto al espacio—merced al natural progreso que el estudio y la experiencia traen consigo y sobre todo gracias a las intuiciones y geniales aciertos que en la pobreza de los primeros rudimentos tácticos y estratégicos, tuvieron los grandes artistas de la guerra.

Pasan los años, corren los siglos y cambian con ellos las exigencias y necesidades de los pueblos. Sobre bases de reclutamiento vario pero cada vez mas legal y metódico, de instrucción adecuada y constante, surgen como una escolta del trono, apoyo del derecho, y brazo armado de la Patria, los ejércitos nacionales.

Las armas combatientes, los cuerpos técnicos y

auxiliares, la alta dirección con su mando y sus impulsos, la ejecución con su obediencia y sus esfuerzos, la arquitectura, la ingeniería, la industria, el arte de los aprovisionamientos, en una palabra la ciencia progresiva, múltiple, fecunda, aportando al valor primitivo del número y de la fuerza y a los aciertos aislados de afortunados estrategas, los dictados y seguridades de principios ciertos, de fórmulas precisas, de ilaciones lógicas, de previsiones felices, han hecho paulatina pero eficazmente que los rasgos confusos y embrionarios de lo que pudéiramos llamar célula primigenia del ejército, se fueran delineando y destacando cada vez más; han sido causa de que los diversos miembros del cuerpo militar adquiriesen la plenitud de su vital crecimiento, y que por lo mismo las funciones propias de sus miembros, se particularizaran y especificasen también, apareciendo al fin distinto y claro, en su propia dimensión y colorido con la esbeltez de lo grande y proporcionado, con la belleza de lo vario y de lo uno, reflejando esplendor en el orden, inteligencia y poder, dignidad y mérito, los

hermosos lineamentos del gigantesco organismo militar.

\*

Ahí los tenéis, llenando con sus masas ordenadas, compactas, prodigiosamente móviles, los campos de batalla de Europa.—En las alturas del aire atisban y escaramuzan los aeroplanos, molestan y atemorizan los dirigibles; en las trincheras arraigan y se defienden las avanzadas con exquisitices de arquitectura en el fondo de la tierra y pugilato de valor caballeresco en la superficie; extiendense a través de las naciones y ocupan centenares de kilómetros los combatientes: bosques de lanzas se agitan como en alas de un huracán, se cruzan y chocan, entre sí—; masas incontables de aguerridos infantes, de intrépidos artilleros, se trasladan con rapidez de un extremo a otro del continente y a través de todos esos millones de soldados que cabalgan y disparan, construyen puentes y reductos, toman plazas y ciudades, una columna interminable un convoy inmenso de carros y acémilas, trenes

y automóviles, se mueve en todas direcciones, organizada por la previsión, dirigido por la ciencia, escoltado y defendido por el valor, llevando a todas partes alientos y esperanzas, medios de subsistencia y de combate.

Si esta es a no dudarlo, como todos lo reconocen, la hora solemne en que la poliorcética y la logística, la estrategia y la táctica, comparecen ante el tribunal de la ciencia y comprueban o rectifican sus adelantos y descuidos, es también y por lo mismo, el día grande, el mediodía luminoso en que destella y fulge al resplandor del sol de las batallas, la pronoeítica.

La célula humilde en que la lente del observador veía como embrión y gradual desarrollo de los aprovisionamientos, al cuestor de los romanos, al veedor de los Reyes Católicos y al intendente de Napoleón, ha llegado en nuestros días al vigor y plenitud de su evolución magnífica y conservando siempre la relatividad objetiva y subordinación orgánica propias de todo elemento integrante del ejército, adquiere de hecho y de derecho, en la consideración técnica y

en el aprecio moral de los hombres, honores y méritos de organismo total y completo, orlada la frente con los lauros del talento y robustecido el brazo y el corazón, con los esfuerzos de un valor sereno, resistente, abnegado y verdaderamente militar.

\*

Qué extraño pues, que uno de los primeros actos de la Intendencia militar española al sentirse corporativamente meritoria y grande, haya sido manifestar la actuación de su personalidad técnica e histórica, en una determinación igualmente caballeresca y cristiana. Al llegar la época del desarrollo pleno, de los recursos múltiples y al parecer inagotables, del funcionamiento maravilloso de la ciencia y del arte de los aprovisionamientos, vosotros pronocetas españoles, conscientes de vuestro actual poderío y de vuestras futuras responsabilidades, levantaréis vuestra mirada al cielo para buscar en aquellas alturas, el amparo y la tutela de una intercesión y de un Patronato espiritual y excelso.

Es que según dijo, una de las primeras ilustraciones modernas del ejército entre nosotros, «además de todos los auxilios humanos necesita un ejército en su azarosa y difícil vida, dar a esas almas que sufren, a esa juventud honrada cuya sangre se vierte en defensa de un gran principio, a esos hombres que viven en el sufrimiento y mueren en la flor de su edad, retorciéndose entre dolores horribles de agonía y dejando un cadáver en una tumba sin epitafio, hollada luego por la planta indiferente del caminante o del pastor, la fuerza del espíritu que solo se halla en las ciencias puras, en la fé religiosa, en el culto a Dios, único ser que sabe el nombre del infeliz *heroe anónimo*, que muere en el hospital de sangre o en la brecha del asalto, ignorado de todos, hasta de su madre muchas veces. Es imposible que un ejército irreligioso no degenerare por último; sostendrá más o menos tiempo su vigor moral con una idea política, pero cuando el desengaño de esta idea llegue y el desengaño siempre llega para todos los principios sociales y para todas las aspiraciones humanas, ¿en



nombre de quien se le va a decir sufre y muere? (1)

\*

Y puestos a cumplir este que vosotros creáis y creáis bien, que a todos os urgía, deber de colectiva piedad y de fidelidad a la tradición religiosa del ejército en España, tampoco debió sorprender a nadie que vuestros ojos y vuestros pensamientos se fijaran en Avila y el corazón os demandara con requerimientos de una filiación adoptiva, racionalmente buscada y hondamente sentida, el Patronazgo de Sta. Teresa de Jesús.—

«Si los ingenieros, ha dicho otro escritor igualmente ilustre, vienen de Pedro Navarro y los artilleros de Francisco Ramírez de Madrid, la Administración militar moderna bien puede tomar su origen de aquella noble Reina que tan acertada y asiduamente cuidaba de las vituallas, de los convoyes, de los hospitales, de la pólvora,

---

(1) Pág. 505, cap. V, Estudio 4.º, Nociones del arte militar, por Francisco Villamartín, Comandante de Infantería.

del inmenso y desconocido material de la estratégica conquista de Granada» (1).

*Madre de los reales*, mereció que la llamaran los soldados cuando incorporándose a las tropas en la campaña de Granada clausuró por decirlo así, el ciclo épico de la reconquista, y auxiliada en todo por su contador real Alfonso de Quintanilla, abrió los nuevos cauces de la Intendencia militar moderna.

Va véis como aquella extraordinaria mujer Isabel la Católica, nacida en Madrigal, criada en Arévalo, defendida en Avila, y en la venta de los toros de Guisando y en Cebreros prometida y jurada heredera de estos reinos, atrae nuestras miradas y las fija en esta región castellana y en esta ciudad que ha merecido en la historia, el dictado de Avila del Rey y de los leales.

\*

A estas coincidencias que pudiéramos llamar de abolengo histórico, se juntan y añaden otras

---

(1) José Almirante, General de Ingenieros.

de orden técnico y escolar, por haber tenido vuestra juventud estudiosa en esta Academia de Intendencia de Avila, su cuna y casa solariega en el orden intelectual en las aulas de su brillante Profesorado y algo así como el regazo espiritual de su formación caballeresca y militar.

Aquí, a dos pasos de la Santa, en la contigüidad de su casa natal y de su Iglesia más popular y venerada, en la vecindad de sus hijos, mezclándose los toques de vuestras cornetas y los sones de sus campanas, el rodar de vuestros camiones y los ecos de la salmodia carmelitana, aquí han vestido el uniforme, han jurado la bandera, se han entrenado en las austeridades de la disciplina y se han ido preparando para el cumplimiento de sus árdulos deberes en paz y en guerra, los caballeros-alumnos de Intendencia militar.

Ésa imagen de Santa Teresa que hoy llena este recinto con la majestad de su figura y de sus recuerdos, os ha visto muchas veces, en horas de piedad sincera, de recogimiento viril y cristiano postrados de hinojos en la oscura capilla de su venerado camarín, presentándole vos-

otros vuestras ansias e inquietudes y consolándoos ella con las seguridades de su intercesión y el poderío de su excelso Patrocinio.

\*

Pero aunque todo esto es así y mucho más que yo no digo y vosotros sabéis, porque es historia dulcísima que guarda el alma en el archivo de sus más caros e imborrables recuerdos, no faltará tal vez quien a primera vista al menos, no acierte a compaginar, el carácter propio, la índole técnica y militar de vuestra corporación con la personalidad histórica y significación sobrenatural de la Santa, elegida por vosotros Patrona del Cuerpo y tropas de Intendencia.

Y, sin embargo, a poco que se ahonde en la aparente antinomia entre esta tutela de Santa Teresa y la vida y modo de ser colectivo de sus ilustres tutelados, la razón descubre delicadas coincidencias, tangencias que pudiéramos llamar de orden moral, entre vosotros y vuestra celestial Patrona; y este acto solemne, magnífico que la dedicáis, ésta primera fiesta en que la ofrendais

vuestra casa y vuestras personas, revisté los caracteres y aparenta los rasgos simbólicos de una nueva fundación de la Santa Madre.

No basta, en efecto, fijarse tan sólo en la superficie de las cosas, para hallar de pronto y sin más análisis, analogías o diferencias entre ellas. Si así fuera, y para percatarse de la razón última de ciertos Patronatos célebres y clásicos en la historia, bastara atenerse a las primeras impresiones de un estudio precipitado y somero, nadie creería que era Santa Bárbara Patrona de los artilleros o Santa Cecilia de los músicos o San Pedro Gonzáles Telmo, nacido en tierras altas de Castilla, Patrono de la gente de mar.

He aquí, lo que ocurre en nuestro caso—Qué tienen que ver, dirá quizás alguno, si solo mira y atiende a la sobrehaz de las cosas, las suavidades femeninas, las delicadezas virginales, las elevaciones místicas, la vida toda de aquella Santa y Madre de la Reforma del Consuelo, con vuestras aptitudes y deberes, con vuestra vocación y finalidad en el Ejército?

Tienen que ver, Señores, y mucho—Seguidme

más con el corazón que con la inteligencia, que estos parecidos de orden moral, estas semejanzas de matiz espiritual, estas analogías íntimas que laten y se descubren al pensador, en el fondo de las grandes realidades, requieren y presuponen más que alardes de inteligencia para comprenderlos, finura y delicadeza de corazón para sentirlos.

\*

Cuando en el curso y orden de la divina Providencia, llegó Teresa a cumbres altísimas de perfección, por la plenitud de su entrega total y completa a Dios, sintió en el oído interior del alma, la voz del cielo que la llamaba a mayores empresas y para bien del mundo, la destinaba al apostolado abnegado y heroico de las fundaciones.

Fiel y sumisa a su vocación, provista de sobrenaturales energías y asegurada para futuros inevitables contratiempos, con la aprobación de la Iglesia, organizó la Santa Madre la campaña

de la reforma del Carmelo y para ello estableció en Avila en el convento de las Madres, algo así como el centro de operaciones, el parque espiritual, que había de surtir y proveer a todas las casas que en el transcurso del tiempo se estableciesen.

Vieron entonces los hombres y admiraron los ángeles, aquellas extrañas expediciones que de aquí partían y recorriendo pueblos y provincias, vadeando ríos y atravesando montes, soportando los rigores del clima en sus más opuestos y mortificantes extremos, en convoy admirable abastecido de pobreza, cruzaron de punta a cabo, casi toda España.

La monja andariega como tal vez por desprecio la apellidaran en los primeros momentos, llevaba en su mente, esclarecida por el fulgor de visiones celestiales, las líneas y puntos, las curvas y trazos de aquellos asombrosos itinerarios; la virgen seráfica, internada cada vez más en las intimidades de las comunicaciones místicas, albergaba en su voluntad, reservas de valor indomable, de energía sobrehumana para no cansarse

ni retroceder nunca en las horas de natural desaliento e impensadas contrariedades de las fundaciones; y la Santa Madre, nunca más merecedora de tan regalado nombre que en la actividad fecunda de sus viajes, atendía a todas partes con los recursos prodigiosos de su observantísima pobreza, resolvía dudas y conflictos con el acierto de su prudencia y discreción altísimas, y en las amplitudes de su corazón naturalmente grande y sobrenaturalmente mayor, espaciado por las expansiones del amor divino que lo llenaba, ofrecía a todos sus hijos e hijas de la santa y perfectiva reforma, seguridades de baluarte y valor y consuelo de material regazo.

Cosas de Dios; aquel trazado de los itinerarios pobres y humildes según el mundo lo ha perpetuado en sus páginas la historia; aquel convoy exiguo y desconocido como de pobre y errante caravana, ha sido tema de discursos elocuentes, objeto de investigaciones históricas, asunto de inspiración para los artistas y materia de devoción para los católicos. Hoy es y el Cuerpo dignísimo de Intendencia encuentra en esos



rasgos de la vida de Teresa, la idealización sobrenatural y poética de su profesión nobilísima técnico-militar.

A la cabeza de sus interminables convoyes, al frente de su organización moderna en que se cifran y resumen tanteos de la experiencia, aciertos de talento y labor acumulada de la ciencia, habéis puesto, en las alturas de un Patronato espiritual aprobado por la Iglesia, a la Santa Madre Teresa de Jesús.

Aquí, en esta casa donde hoy viene como para una nueva y original fundación, la entregáis las llaves de esta Academia; en sus manos, para que ella las deposite a los pies de Cristo, ponéis lauros, y trofeos de vuestros hermanos y compañeros que con el esfuerzo del ingenio y la sangre de sus venas os dejaron páginas brillantes en vuestro historial; desde ahora para siempre la encomendáis vuestras personas y las personas e intereses de vuestras familias, azares y cuitas, penas y alegrías, la vida y la muerte. Un nuevo vínculo os une más fuertemente a esta ciudad que tanto os quiere: debéis un nuevo fa-

vor a la Iglesia, y nuevas demostraciones de estima y afecto a las jerarquías del Ejército y a las alturas del Trono. En estos solemnes momentos, en esta hora histórica para vuestra dignísima corporación, sentís sobre vosotros la majestad augusta de la realidad divina, y el poético simbolismo de la liturgia católica. El corazón y la fe, se abren a los halagos y caricias de una esperanza magnífica.

Vosotros, caballeros militares que habéis sido leales al Rey y a la Patria, pasaréis a la posteridad con un nuevo dictado donde se realzan y aquilatan fidelidades de hidalguía y heroísmos de soldado; vosotros, dignísimos Jefes y Oficiales caballeros alumnos y tropas de Intendencia, os llamaréis desde ahora hijos predilectos de Santa Teresa de Jesús.

---

## PLÁTICA EN LA IGLESIA DE SAN JERÓNIMO EL REAL

---

*Domine refugium factus  
es nobis a generatione in ge-  
nerationem. (Psal 89 ver, 1).*

### En la fiesta de Santa Teresa, Patrona del Cuerpo y Tropas de Intendencia

Excmos. Señores; Señores: (1).

Al desplegar la Iglesia este día la pompa de su liturgia y el esplendor de su culto, a honra de Santa Teresa de Jesús, como a la voz de un conjuro santo, suben de los claustros carmelitanos plegarias y ofrendas en nube aromada de incienso que llega hasta el trono del Señor.

---

(1) El Sr. Vizconde de Eza, Ministro de la Guerra; el Capitán general Weyler y los Generales del cuerpo de Intendencia.

Las capas blancas y los hábitos oscuros de los religiosos, las filas de luces trémulas de las procesiones corales, el tono de las voces y el eco de la melodía gregoriana, el rumor de las oraciones y el perfume del sacrificio eucarístico, son notas del cuadro tradicional de la fiesta de este día.

En derredor de los hijos e hijas de la Santa Madre esparcidos y dispersos por el mundo, se congregan sus devotos de todas clases y condiciones sociales.

No hay nada más universalmente reconocido que la santidad, y el heroísmo de la virtud recoge palmas y lauros, vítores y ovaciones en todas partes. Pero la Santa castellana, la virgen de Ávila, la mujer del corazón trasverberado por saeta de amores divinos, la escritora de las Moradas, la reformadora del Carmelo, aun es más popular, más generalmente acepta en la estima y en la devoción de los pueblos.

Todos lo sabéis; será porque en las páginas de sus obras en el habla rica y jugosa, sobria y pintoresca, expresiva y dulce en que nos ha contado

su vida, e historiado sus fundaciones, y se ha comunicado epistolarmente con los más diversos personajes de su tiempo, en los tratados de su explanación sobre los más arduos problemas de la mística, nos haya dejado como un reflejo de su clara inteligencia, de su nobilísimo corazón en lo humano y encñioso a lo divino; será porque nos parece adivinar su rostro, oír su voz y sentir el andar de sus pies descalzos en la viveza de sus narraciones insuperables y porque en este hermanarse y como acercarse a nosotros de la valia y de la virtud de Teresa, se nos haga más amable su persona y más simpática su santidad; será por lo que fuere, pero es lo cierto que en todas las lenguas se la invoca y en todos los pueblos se la venera, y goza de un prestigio en la fé de los corazones necesitados, que es como una corona con que Dios ciñe la frente de sus grandes amigos y poderosos valedores de la cristiandad.

Y cuando parecía que este valimiento de Teresa no podía alcanzar ya mayores amplitudes ni recoger su devoción nuevos lauros en la estima

y adhesión de los fieles, junto a su casa, a dos pasos del convento de la Santa Madre; confundíendose toques de cornetas, y tañidos de campanas, plegarias de coros y estrépito de armones y carros de combate, diríase que la Santa baja del cielo para una fundación de una casa más, de una familia nueva en la que, «si los caballeros no son monjes, por lo menos los uniformes ciñen como los hábitos y el juramento obliga como los votos y hay rigores de disciplina y requerimientos de obediencia y para ajustarse a lo que de consuno demandan y exigen prestigios de corporación y tradiciones de la nobilísima profesión de las armas, no pueden faltar estímulos de amor, offendas de sacrificio y blancuras inmaculadas de lealtad caballeresca y cristiana».

Sois vosotros los que ceñís espada y constituís parte integrante del ejército cuyos antecesores históricos y profesionales, señalan en la génesis militar, el cuestor de los romanos el veedor de los Reyes católicos, y el intendente de Napoleón; sois vosotros que en el cerco de Granada llamabais Madre de los reales a la reina Isabel la Ca-

tólica cuando incorporándose a las tropas en la campaña final de la reconquista, clausuró, por decirlo así el ciclo épico de las jornadas salvadoras de la patria, y auxiliada en todo por su contador Alfonso de Quintanilla abrió los nuevos cauces de la Intendencia militar o moderna; sois vosotros que en esta guerra mundial cuyos resoldos aun humean en el horizonte, acabáis de asistir al desarrollo espléndido, al día grande de la ciencia pronóética, los que vestidos de gala rodeados del cerco de los seres queridos, honrados con la presidencia de las jerarquías políticas, constituís en este día y en esta fiesta la prueba magnífica de las nuevas glorias Teresianas.

\*

Qué habéis visto en aquella mujer humilde y grande, sencilla y sublime, humana y en cierto sentido divina a la par, para agruparos en torno de su sagrada imagen y ofrendarla el patronazgo espiritual de vuestra militar institución?

Sin duda recordábais los días de vuestra juventud, los albores de vuestra carrera la forma-

ción técnica y militar de la Academia y la casa solariega de la santa donde hoy habitan sus hijos y acuden sus devotos a implorar su protección; tal vez pensásteis que en aquel ambiente de Avila, en que lo llena todo la Santa—que así la llaman por antonomasia sin temor de confundirla con ninguna otra,—os acostumbrásteis desde entonces a tomarla como vuestra Madre y haciendo el recuento de los favores recibidos, de las esperanzas alentadas, quien sabe, de las penas mitigadas en aquella oscura capilla de su venerado camarín, cuando vosotros la presentábais vuestras ansias e inquietudes y ella os consolaba con las seguridades de su intercesión y el poderío de su alto patrocinio, decidísteis elegirla colectivamente, por Patrona y Madre, ya que en el fuero personal y en el sector íntimo de vuestras conciencias, lo era hace ya mucho tiempo.

Tal vez en fuerza de ese espiritualismo consustancial, aunque muchos crean otra cosa, a la profesión de las armas, os pareció ver con los ojos del alma, en mirada de simpatía y de cariño a la Santa de Avila en el éxodo vario y episódico



de sus fundaciones, cuando desde la ciudad natal organizaba aquellos singulares viajes y cruzando de punta a cabo toda España iba sembrando como ella decía de palomarcicos de la Virgen los sitios donde acampaba aquel su convoy abastecido de pobreza, equipado de humildad y asegurado por sobrehumano valor.

Tal vez creísteis que allá desde el cielo donde reina en plenitud de vida, podría ella si la poníais al frente de vuestras compañías, a la cabeza de vuestros carros y camiones, trenes y ejércitos de aprovisionamiento, agradeceros la exquisitez de vuestra alusión y de vuestro recuerdo, la galantería militar de vuestra devoción y aceptando vuestra oferta os conduciría por los senderos del honor y del valor al cumplimiento de vuestro árduo deber en la moderna vida militar.

Teresa de niña, ya lo sabéis, quiso dejar la casa paterna y huir a Africa en compañía de un hermanito suyo para buscar el martirio; rasgo genial de fe y de valor. Dios no quiso que aquella

Virgen pisara materialmente tierra africana ni muriese a otros filos que a los del amor divino.

Vivo sin vivir en mí  
y tan alta vida espero  
que muero porque no muero.

Más ahora en este peristilo histórico de una nueva era social preñada de incertidumbres y de misterios, vosotros Pronoetas españoles vais a llevar, habéis llevado ya a Africa a Teresa de Jesús.

Santa de corazón intrépido y verdaderamente español, que al saber la muerte de tus hermanos en los campos de batalla de América, mitigaste el dolor de tus lágrimas con el viril y patriótico consuelo de considerarlos mártires de su deber, ponte sobre los hombros capa de alburas divinales, ciñe tu frente con la corona de tus merecimientos, ostenta tu rostro que irradia destellos de no vista hermosura, cabalga sobre las nubes y en visión de amor y de poder ponte al frente del Cuerpo y de las Tropas de Intendencia española....

Es de noche; por las sinuosidades y asperezas

y accidentes del terreno, serpean las filas, avanza el convoy, marcha la columna aprovisionadora del ejército; allí van en aquellos carros las esperanzas, los medios de subsistencia y de combate de los soldados; allí está en germen y en potencia el triunfo de los que solo aguardan la llegada de aquellos víveres y de aquellas municiones.

Lo sabe el enemigo y porque lo sabe, acechá el paso quiere estorbar el avance y pretende apoderarse del convoy.

Ya estás en tierras de Africa Santa Patrona de la Intendencia Española; al defender con las armas como soldados lo que organizaron como técnicos, al sonar el toque de las cornetas para dar la sangre si es preciso como antes dieron el fruto de la ciencia y del estudio, se les van los ojos del alma a tu ciudad de Avila y hasta les parece que las cortaduras de las montañas que se destacan en la lejanía al claror de la luna, son el cerco de las murallas que rodean tu cuna y tu solar. Santa Madre ayúdales que te invocan y en ese Viva España con que rompen el fuego, po-

nen ellos como ponemos todos los buenos hijos de esta querida Patria, sentido de plegarias religiosas y hervores de ternura filial.

Ya estás en tierras de Africa Teresa de Jesús; te llevan por ellas al frente de sus convoyes a la cabeza de sus filas, en el regazo de su pensamiento y en el fondo de su corazón, los hijos del ejército español, los jefes y oficiales y soldados del Cuerpo y tropas de Intendencia.

Esas tropas no van por ambiciones de material conquista, no se mueven por impulso de bastardos intereses; van porque deben ir, por imperativos de dignidad nacional, por colaboración de empresa humanitaria y de civilización.

Ya estás en tierras de Africa; cuando triunfen, que triunfarán y vitoreen a España, esos vítores serán para tí.

\*

Pronoetas españoles yo entiendo que en la hora de ahora, en el momento actual histórico de flaquezas y decadencias nacionales, el ejército debe ser factor importante de regeneración cívica.

ca y social. Llegan momentos en que la sociedad os endosa el cobro de sus derechos, la realización de sus títulos de honor y de vida y ello en horas tristes de desfallecimiento general, cuando el aire que se respira está enrarecido y falto de los principios, éticos y religiosos que han sido siempre el fundamento de la vida de los pueblos y su salvación en las grandes crisis históricas.

Necesitáis reservas de valor callado y firme abnegado y heroico y para ello tenéis que buscarlo en la fuente de todo valor, de toda realidad; de toda perfección, en Dios.

Templad vuestros corazones al calor de la hoguera ardiente del corazón transverberado de vuestra Patrona inmortal; Avila se llamó por sus lealtades, por su actuación en horas críticas para el trono y por su dicha en ser Patria de Santa Teresa, Avila de los caballeros Avila del Rey, y Avila de Santa Teresa; sed vosotros que reconocéis por solar de vuestra militar familia, la ciudad castellana, cuerpo de caballeros, escolta del Rey y de la Patria y herencia afortunada de Teresa de Jesús.

# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
A SANTA TERESA DE JESÚS.....	5
Primera Conferencia.—EL BOCETO.....	9
Segunda Conferencia.—TERESA DE JESÚS Y LA CRÍ- TICA RACIONALISTA.....	21
Tercera Conferencia.—EL ORDEN SOBRENATURAL.	35
Cuarta Conferencia.—LA OBRA DE LA GRACIA . . . .	47
Quinta Conferencia.—LA VIDA MÍSTICA.....	59
Sexta Conferencia.—EL CAMINO DE LA PERFEC- CIÓN.....	73
Séptima Conferencia.—LA MUJER TERESIANA.....	93
Octava Conferencia.—SANTA TERESA, PATRONA DE LA INTENDENCIA MILITAR ESPAÑOLA.....	103
Plática.—EN LA FIESTA DE SANTA TERESA, PATRO- NA DEL CUERPO Y TROPAS DE INTENDENCIA. . .	125





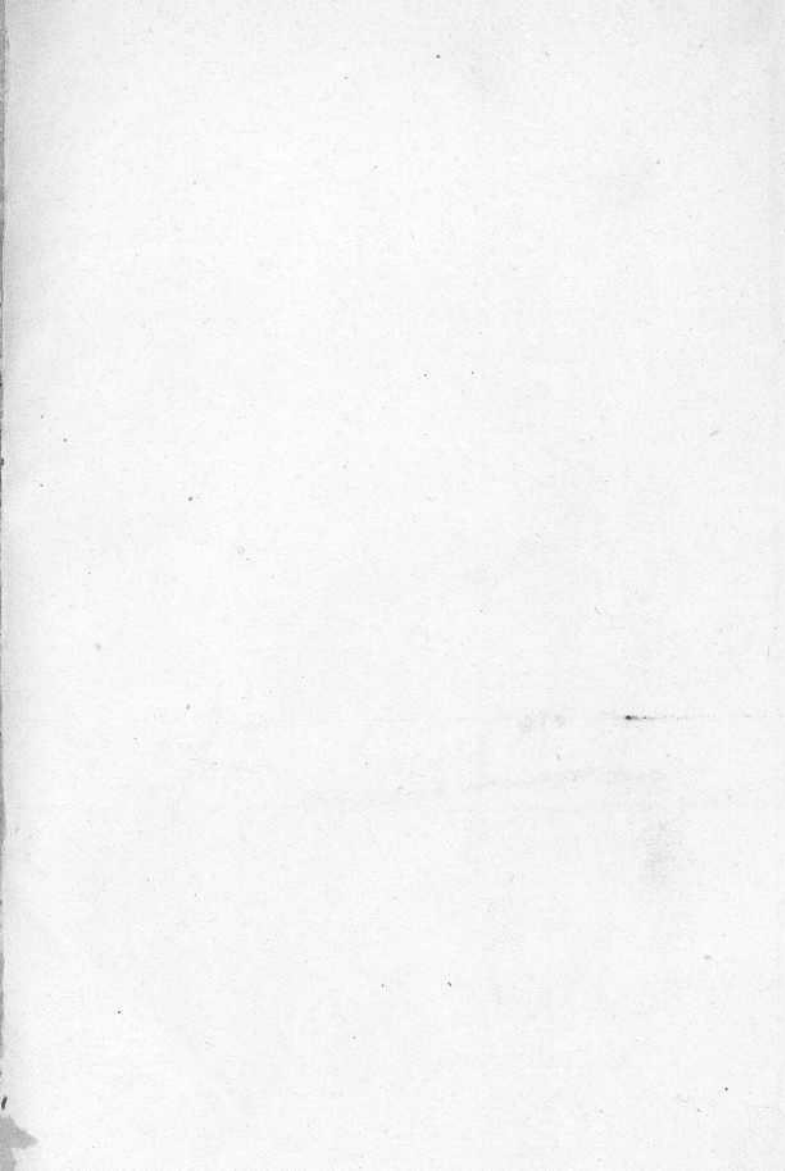
## OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Jesuitas expulsos de España, literatos en Italia**, *Traducción de la obra italiana del P. Alejandro Gallerani, S. J.*, con apéndices históricos, añadidos por el traductor.
- Principios fundamentales de Antropología**, *traducción de la Obra latina del P. Juan José Urráburu, S. J.*
- La cuestión social**, *traducción de la obra alemana del P. José Biederlack, S. J.*, en colaboración con D. Pedro de Obregón, Capitán de Artillería.
- El P. Víctor Van Tricht**, por J. M. Saj y Antonio de Mariaga.
- La Adoración nocturna**, Estudio analítico de esta Asociación eucarística (2.<sup>a</sup> edición).
- Pro aris et focis**, *Alocuciones sagradas, conferencias y artículos militares*, con un Prólogo de D. Eduardo de Oliver-Copons, Coronel de Artillería.
- Una fuerza social y un heroísmo colectivo desconocidos**, *El Profesorado femenino de primera enseñanza*. Conferencia pronunciada al inaugurarse la Asociación Católica del Magisterio de Burgos.
- En la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, Patrona de la Guardia civil**, *Alocución sagrada*.
- Ocaso**, A los distraídos en el mundo.
- Los que deben ir al Africa**, (A. Peral). (2.<sup>a</sup> edición).
- La Inmaculada en el dogma y en Lourdes**, A las juventudes católicas.
- Primeras nieves y últimos laureles**, (3.<sup>a</sup> edición).
- Honra sin barcos**, *Memorias de un Alférez de Navío*, Novela histórica (2.<sup>a</sup> edición).
- El Puesto o el drama de las huelgas**, Comedia.



**PRECIO: 1,50**







# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa  
de Jesús

Número.....	3260	Precio de la obra....	Ptas. ....
Estante.....	962	Precio de adquisición. >	.....
Tabla.....	2	Valoración actual.... >	.....

31

122  
M  
R  
S  
122

22

22

22

22

3250.

3250.

3250.

MADAGASCAR

RIAGA

—

S. TERESA

DE JESU

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.

3250.